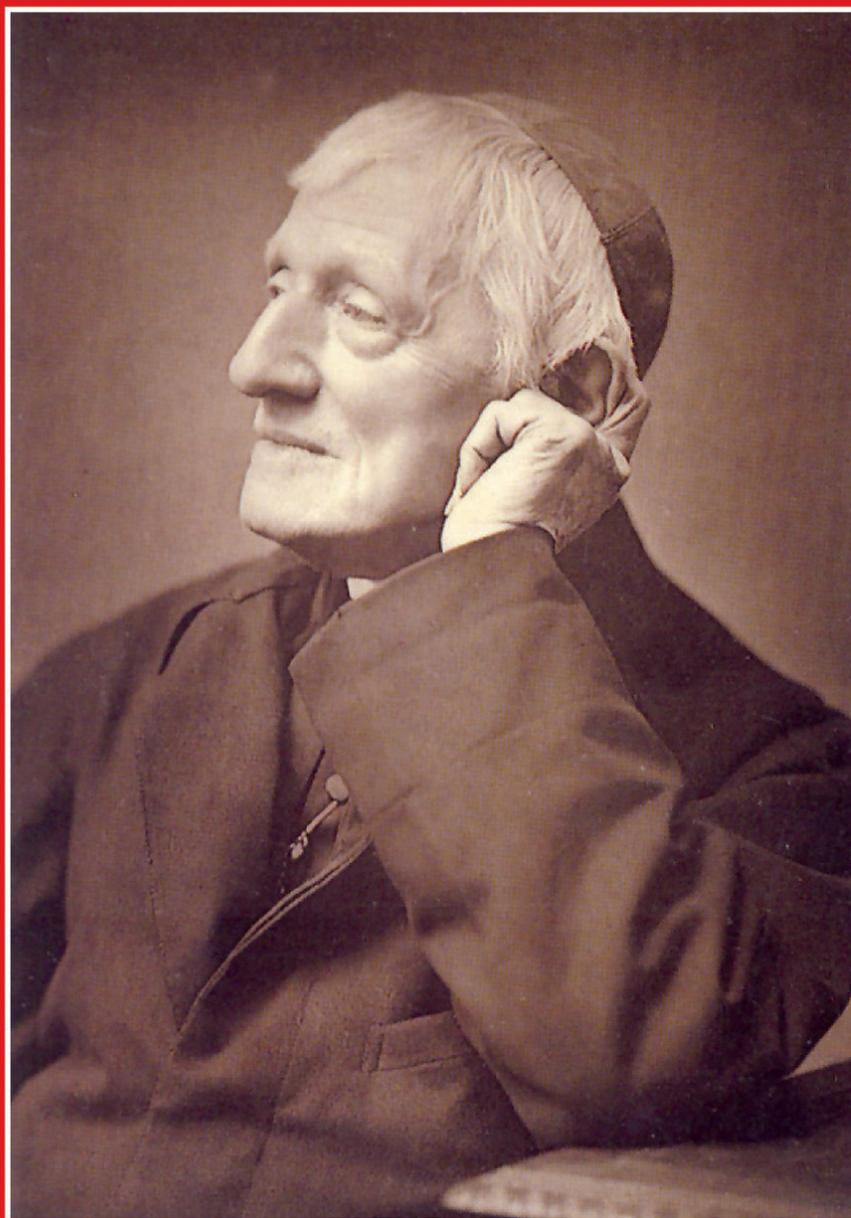


NEWMANIANA

AÑO XXIII - NÚMERO 61

NOVIEMBRE 2013



Beato John Henry Newman

Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

NEWMANIANA



Año XXIII- N° 61
Noviembre 2013

Director

Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro
Lic. Pablo Marini

Diseño pre prensa

Pm Desarrollos Editoriales

Impresión

Gráfica LAF

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)
es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Paraná 787 - (1640) Martínez
Pcia. Buenos Aires-República Argentina
www.amigosdenewman.com.ar
fmcavaller@uolsinectis.com.ar

Indice**EDITORIAL**

- Haciendo memoria reciente al término del Año de la Fe 2

SERMONES

- Omnipotencia en cadenas 4
- Dando gloria a Dios en las ocupaciones del mundo 24

ARTÍCULOS

- *Cor ad Cor loquitur*. El lema cardenalicio de Newman 12
- Newman y el poder de asimilación de la Doctrina cristiana 43

RETIRO CON NEWMAN

- Littlemore, el monasterio de Newman 35

CARTAS

- Dos cartas sobre diferencias entre católicos 33

ORACIÓN PARA PEDIR LA CANONIZACIÓN

Padre eterno, Tú llevaste al Beato John Henry Newman por el camino de la luz amable de tu Verdad, para que pudiera ser una luz espiritual en las tinieblas de este mundo, un elocuente predicador del Evangelio y un devoto servidor de la única Iglesia de Cristo.

Confíados en su celestial intercesión, te rogamos por la siguiente intención: [pedir aquí la gracia].

Por su conocimiento de los misterios de la fe, su celo en defender las enseñanzas de la Iglesia, y su amor sacerdotal por sus hijos, elevamos nuestra oración para que pronto sea nombrado entre los Santos.

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Haciendo memoria reciente al término del Año de la Fe

Hemos tratado de vivir este AÑO DE LA FE, comenzado por la sabia iniciativa del papa Benedicto XVI y terminado bajo el pontificado del papa Francisco, bajo la inspiración de la vida y los escritos del beato John Henry Newman. Pudimos acceder a varios de sus textos específicamente dedicados a la virtud de la fe cristiana. También hemos contemplado su misma vida de fe, como ejemplo vivo de lo que predicaba.

LA ENCÍCLICA LUMEN FIDEI ha marcado el punto magisterial culminante en estos meses, donde Newman es citado como maestro en el tema. En este número incluimos un artículo que ahonda precisamente en esa cita, y nos ayuda a ponderar su importancia. Dos sermones ilustran como siempre la visión de fe de Newman, y tienen una actualidad realmente sorprendente. Uno de ellos es apropiado al próximo tiempo de Navidad. El artículo sobre el lema cardenalicio viene a completar a modo de resumen esa visión de fe de la cual surge el deseo de entablar ese diálogo *Cor ad Cor* con Dios y con los hombres.

Desde el año 2010 en adelante han sido predicados varios RETIROS CON NEWMAN en distintos ámbitos de la vida consagrada: monjes benedictinos, monjas benedictinas, monjes trapenses, cleros de distintas diócesis, diversos grupos sacerdotales, y seminarios. Se trata de una experiencia realmente notable que pone de manifiesto el interés por la figura de Newman, pero aún más el fruto que deviene de meditar sus escritos y conocer más a fondo su vida de sacerdote ejemplar. Las meditaciones temáticas se completan con el material escritos con textos que luego pueden ser meditados en el silencio personal. El propósito para el año entrante es ofrecer un Retiro para laicos.

También ha habido conferencias y la Misa Anual del 9 de octubre seguida de la adoración eucarística. Aquí también se ha recogido el fruto de ORAR CON NEWMAN, no solo de modo personal sino comunitario.

Otra iniciativa ha sido la formación de un CÍRCULO NEWMANIANO de jóvenes para reflexionar a partir de textos del beato. Esperamos que prospere y se multiplique.

Con la esperanza puesta en la pronta canonización, y conociendo que existe un milagro que podría ser decisivo y está siendo considerado, hemos querido solicitar una especial



SECRETARIA DE ESTADO

PRIMERA SECCIÓN - ASUNTOS GENERALES

Vaticano, 8 de octubre de 2013

Estimado en el Señor:

Con un atento mensaje, acompañado de una publicación, se ha dirigido al Santo Padre manifestándole sus sentimientos de filial afecto.

El Papa Francisco agradece esta muestra de cordial cercanía y suplica que reze por él y por los frutos de su servicio a la Iglesia, al mismo tiempo que le imparte la Bendición Apostólica, que extiende complacido a los miembros de la *Asociación Amigos de Newman* en Argentina.

Aprovecho gustoso la oportunidad para manifestarle mi consideración y estima en Cristo.

Mons. Peter B. Wells
Asesor

Rev. Mons. Fernando María CAVALLER
MARTÍNEZ

BENDICIÓN APOSTÓLICA DEL SANTO PADRE para todos los Amigos de Newman en la Argentina. La hemos recibido con alegría, y la reproducimos aquí.

Agradeciendo vuestra generosa colaboración de este año para poder seguir adelante con nuestra difusión a través de NEWMANIANA, y con los mejores augurios de alegría en la fe para la próxima Navidad y Año Nuevo,

los saludamos COR AD COR

SERMONS PREACHED IN VARIOUS OCCASIONS, VI
 Predicado en la iglesia de la Universidad Católica, Dublin, 1857

Omnipotencia en cadenas

(1er. domingo después de Epifanía)

TRADUCCIÓN:
FERNANDO M. CAVALLER

Et descendit cum eis, et venit Nazareth: et erat subditus illis.

Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. (Lc 2,51)

En este tiempo de Navidad, cuando estamos celebrando aquellos misterios gozosos anunciados en el Evangelio, parece casi una intrusión ofensiva en nuestra vacación ocuparnos en cualquier ejercicio de razonamiento, aun cuando fuese en orden a reavivar los sentimientos de devoción propios de una atmósfera santa. Es un tiempo de descanso religioso y fiesta espiritual, e incluso sobre el fundamento de que la discusión es un tipo de trabajo, parecemos tener derecho de protegernos del mismo. Sin embargo, a medida que pasan los días y el agradecimiento ha tenido libre curso y el gozo su plenitud, parece admisible también mirar hacia atrás detenidamente sobre lo que ha estado ocupando el corazón, y pensar sobre ello. Más aun, para hacerlo nos parece tener la más alta de las autoridades posibles, pues según dos misterios gozosos, el tercero y el quinto, nos dicen que la Santísima Virgen hizo la misma cosa. Sobre la fiesta de la Navidad de nuestro Señor y Salvador, que estamos celebrando, nos dice el evangelista: “María guardaba todas estas palabras, *meditándolas* en su corazón” (Lc, 2.19). Y después que hubo encontrado a Jesús en el Templo en medio de los doctores, que es el tema del evangelio de hoy, se nos dice que “Su Madre guardaba todas estas palabras en su corazón” (Lc 2,51). Cierta-

mente entonces, me es permitido dirigir vuestras mentes, hermanos, a una consideración que está de acuerdo con el amor y la adoración debidas a este feliz tiempo de la Navidad, no muy recóndita sino, por el contrario, obvia para todos nosotros y que está a primera vista del gran Misterio, pero adaptada, pienso, para fortalecer la fe y profundizar el amor con que lo recibimos en nuestros corazones.

“El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14), ésta es la Verdad gloriosa, impenetrable, incomprensible, sobre la que dependen todas nuestras esperanzas de futuro, y que estamos ahora conmemorando. Es la maravillosa Economía de la Redención por la que Dios se hizo hombres, el Altísimo se abajó, el Creador se puso entre sus propias creaturas, el Poder se hizo debilidad, y la Sabiduría parece locura a los hombres. El que era rico se hizo pobre, el Señor de todo fue rechazado: “Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron” (Jn 1,11). Digo que éste es el gran misterio de este tiempo, y el tema sobre el cual me propongo hacer una observación.

Considerad, hermanos, lo que es el Ser divino, y lo que queremos decir cuando usamos Su nombre. La primera idea acerca de Él, si to-



Frontal de altar, Avia, Barcelona.

mamos el Credo como guía, es la Omnipotencia: “Creo en Dios Padre Todopoderoso”. Y si queréis entrar en esta idea de la Omnipotencia e investigar qué es, hay que remontarla al misterio más remoto de un pasado eterno. Por eras innumerables, períodos infinitos, muchísimo antes de que cualquier creatura existiese, Él era. Cuando no había ninguna creatura sobre la cual Él ejerciera su poder, aun así, era Omnipotente en su misma esencia, al ser no meramente soberano sino solo, el Único Ser, sin nadie más grande, o menor, o igual, lleno de todo y sin necesidad de nada, y siendo, aunque infinitamente uno y al mismo tiempo, podría decir, un completo universo infinito en Sí mismo. Tanto más cuanto la anchura, la profundidad, la riqueza, la variedad y el esplendor de este mundo creado al que per-

tenecemos, es simplemente nada comparado con la vastedad de ese Océano de perfección que está concentrado en la intensidad de Su unidad.

Un rey de este mundo, aunque soberano y autócrata, depende de sus súbditos, pero Dios Todopoderoso es absoluta y totalmente libre de cualquier alianza necesaria con sus creaturas. Es completo es Sí mismo por esta razón, y por ninguna otra: porque existió desde siempre, antes que cualquier creatura, y pudo hacerlo sin ellas en un pasado eterno, y luego las creó de la nada. De ellas no toma nada, ni debe nada aun a las más elevadas; por el contrario, ellas le deben a Él ser capaces de permanecer en su propia naturaleza, y obtienen de Él, momento a momento, cada latido de vida y cada rayo de esa gloria que poseen.

Tal es Dios omnipotente y autodependiente: fijo en Su propio centro, sin necesidad de ningún punto de movimiento o lugar estratégico fuera de Sí mismo, con el cual pudiera actuar, usar o aplicar su poder inagotable. Él puede hacer o deshacer, decretar y dejar pasar, dirigir, controlar y resolver absolutamente de acuerdo a Su voluntad. Puede crear en un instante este vasto mundo material, con todos sus soles y planetas y sus espacios ilimitados. Tanto para originarlo como para concluirlo, toda su abrumadora multiplicidad de leyes, su complejidad de formas, sus invenciones intrincadas, es para Él la obra de un momento. Puede destruirlo todo en todas sus partes en el mismo momento de crear otro universo en su lugar, infinitamente más vasto, más hermoso, más maravilloso, e indefinidamente distinto del que está aniquilando. Podría hacer existir y destruir una serie infinita de tales universos, cada uno más perfecto del que le ha precedido. Él es el Creador, también, de todas las naturalezas intelectuales, que existen en los cielos o en la tierra o en las regiones inferiores. Tanto los numerosos ángeles en sus nueve órdenes, como los hombres en sus generaciones populosas, malos y buenos espíritus, santos y almas en prueba, los salvados y los perdidos, Él los creó y los crea, primero, en su propio tiempo, y luego lleva cuenta completa y exacta de todos ellos, así como lleva el catálogo de todas las bestias, pájaros, peces, reptiles e insectos, en todo el orbe de la tierra. Ni un gorrión cae sin Él, ni un cabello de nuestras cabezas sin que lo haya contado, y así, también, ni una sola alma deja de estar ante Él con toda su historia de principio a fin, y cada uno de sus pensamientos, palabras y hechos, y cada una de sus mociones de cada día, y su lugar relativo en la escala del mérito o del pecado.

Y mientras Él mezcla así Su presencia y acciones con una inefable intimidad de unión en cada lugar, en cada sustancia, en cada acto, en todas partes, al mismo tiempo, como he dicho, está separado de cada cosa, y es absolutamente incommunicable e inaccesible y autodependiente

de Su propia esencia gloriosa. Nada puede agregársele, nadie puede ser su acreedor, nadie puede reclamarle nada. No tiene deudas (si puedo usar semejante palabra) hacia los seres que Él ha creado. Se dice acerca de las posesiones terrenales que la propiedad tiene sus deberes tanto como sus privilegios. Tales palabras e ideas no se aplican al Dios autosubsistente y eterno. Él les pregunta a sus creaturas “¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero?” (Mt 20, 15). Y San Pablo dice de Él: “¡Oh hombre! Pero ¿quién eres tú para pedir cuentas a Dios? ¿Acaso la pieza de barro dirá a quién la modeló: ‘por qué me hiciste así?’” (Rom 9, 20). Si tuviese que usar la palabra “obligaciones” respecto a Dios Todopoderoso, diría que tiene obligaciones hacia Sí mismo, pero no hacia nosotros. Lo que lo ata es el dictado de Su propia santidad y sus atributos perfectos. Es justo y verdadero porque Sus atributos son tales, pero no tenemos motivo para reclamar contra Él, o si los tenemos es como consecuencia de Su promesa gratuita y expresa, por la cual ciertamente Él se ata a Sí mismo, y entonces no es sino fiel a Su propia palabra, porque Él es la Verdad y Su obligación es consigo mismo y no con nosotros. Vosotros sabéis, hermanos, que de nuestra parte no tenemos deberes hacia las bestias creadas, que no hay relación de justicia entre ellas y nosotros. Por supuesto, no tenemos que tratarlas mal, pues la crueldad es una ofensa contra la sagrada Ley que nuestro Creador ha escrito en nuestros corazones, y eso le desagradaría. Pero *ellos* no pueden reclamar nada de nuestras manos; están absolutamente entregados en nuestras manos. Podemos hacer uso de ellos, podemos destruirlos a nuestro gusto, no a nuestro gusto caprichoso, pero sí para nuestros propios fines, para nuestro propio beneficio o satisfacción, con tal que podamos dar cuenta racional de lo que hacemos.

Ahora bien, no digo que el caso sea el mismo entre nosotros y nuestro Creador, pero queda ilustrado por este paralelo. Él no tiene que rendirnos cuenta en absoluto, no tiene reclamos

nuestros que saldar. Nosotros estamos ligados a Él, no Él a nosotros, excepto en cuanto Él se ata. Nosotros no tenemos mérito a Sus ojos, y no le podemos hacer ningún servicio, a menos que Su promesa haga que existan estas ideas. Lo que digo es que Él está atado sólo por Su propia naturaleza perfecta, infinitamente buena, y santa, y verdadera como es, y en eso está el sostén de la creatura. Si le acusamos Él prevalecerá, de acuerdo al texto, “para que seas justificado en tus palabras y triunfes al ser juzgado” (Rom 3, 4). Y si no tenemos nada que pedirle como creaturas, estamos doblemente desamparados, considerados también como pecadores, y si los Ángeles son inútiles a Su vista, ¿qué somos nosotros?

En palabras de la Sagrada Escritura, “¿Puede un hombre ser más justo que Dios? ¿Tiene Dios algún interés por tu justicia? ¿Gana algo con que seas intachable? Mira, ni la luna misma tiene brillo, ni las estrellas son puras a sus ojos. Ni en sus santos tiene Dios confianza, y ni en los cielos son puros a sus ojos. Si no se fía de sus mismos servidores, y aun a sus ángeles achaca desvarío. ¡Cuánto menos el hombre, un ser abominable y corrompido, que bebe la iniquidad como agua! Si en algo hace presa, ¿quién lo impedirá?, ¿quién le dirá: ‘¿Qué es lo que haces?’ ¿Por qué te querellas tú con Él porque no te dé cuenta de sus asuntos?” (Job 4, 17; 22, 3; 25, 5; 15, 5; 4, 18; 15, 16; 9, 12; 33, 13).

Así es el Omnipotente, el Autodependiente, el Autosuficiente, la infinita Libertad del Dios eterno, nuestro Creador y Juez. Y entonces, siendo esto así, dejadme continuar con el pensamiento singular que quiero sugeriros, hermanos, para vuestra reflexión en este tiempo navideño.

No es sólo que Dios se hizo hombre, no meramente que el que todo lo posee llegó a ser necesitado, sino que el punto en el que quiero insistir particularmente es, en contraste con lo que he venido exponiendo, que el Todopoderoso, el absolutamente Libre, el Infinito, llegó y llega a estar “sometido” a la creatura; más aún, no sólo

sometido, sino literalmente cautivo, prisionero, y no una vez, sino en muchas ocasiones distintas y de muchos modos diferentes.

Observad ahora, hermanos, que cuando el Eterno Hijo de Dios vino entre nosotros podría haber tomado nuestra naturaleza como Adán la recibió, de la tierra, y haber comenzado Su vida humana a una edad madura. Podría haber sino moldeado bajo la mano inmediata del Creador; no necesitaba haber conocido nada de la debilidad de la infancia o del lento crecimiento de un hombre. Podría haber sido así si Él lo hubiese querido, pero no. Prefirió la pena de tomar Su lugar en la línea de Adán, y de nacer de una mujer. Este fue el verdadero escándalo de los antiguos herejes, como ha sido el de los libre-pensadores de todos los tiempos. Retrocedieron ante la idea de semejante nacimiento de María como algo simplemente intolerable e increíble. Y verdaderamente en esa fe está el comienzo de la maravillosa cautividad del Dios infinito, sobre la cual estoy insistiendo. Sin embargo, no haré más que sugerirlo mucho para vuestra devota meditación. Me refiero a la larga prisión que tuvo, antes de nacer, en el seno de María Inmaculada. Era Él en su naturaleza humana que, como Dios, está todo lugar; era Él, en lo que se refiere a su alma, consciente desde el principio con plena inteligencia y sintiendo la extrema molestia de su casa-prisión, llena de gracia como era.

Al final ve la luz y es libre, pero libre sólo en cuanto su prisión ha cambiado. La primera acción misma de Su Madre al nacer es ejemplo y figura de Su larga vida de cautividad: “Le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre” (Lc 2, 7). Es costumbre en esas regiones del sur tratar al bebé recién nacido de un modo extraño para esta época y país. El infante es envuelto con una vestimenta que se asemeja a una mortaja, las vendas y ligamentos del muerto. Recordaréis, hermanos, el relato de la resurrección de Lázaro, y cómo cuando el milagro le había levantado de la tumba él estuvo inmóvil hasta que le fueron quitadas las ataduras: “Y salió el muerto, atado

de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dijo: ‘Desatadlo y dejadle caminar’” (Lc 11, 44). Así fue en su propia infancia con el mismo Señor hacedor del milagro. Se sometió a las costumbres así como al ritual de Su nación, y así como había estado por largo tiempo en el vientre de María, así ahora dejaba esa santa prisión sólo para que las manos amorosas de ella pudieran esposarlo y encadenarlo de nuevo, infligiéndole esa especial penitencia que Él había elegido. Y así, como una imagen inanimada de madera o piedra, el Todopoderoso yace en el pesebre, o en el regazo de ella, doblemente indefenso: porque Su infancia es débil y porque Sus cadenas son fuertes.

Es de este modo cómo fue mostrado a los pastores; así fue adorado por los sabios; así fue presentado en el Templo, puesto en los brazos de Simeón, y llevado de prisa a Egipto por la noche, mientras su dulce Madre adoraba esa abyecta cautividad a la que era su tremendo deber someterle. Así pasaron Sus primeros meses, y, aunque con el tiempo creció en estatura y rompió sus cadenas, entró en su adolescencia a través de un progreso lento y tedioso. Y entonces, cuando por un momento anticipó Su misión y se sentó entre los doctores en el Templo, fue rápidamente reprendido por Su Madre, regresando con ella y con José, y, como dice enfáticamente el texto, “vivió sujeto a ellos” (Lc 2, 51). Se dice que trabajó en el oficio de su Padre, no siendo siquiera Su propio maestro, y fue confinado hasta la edad de treinta años a los límites de una ciudad.

Y cuando al fin llegó la hora de irse de Su humilde hogar y de la tranquila Nazaret, aun entonces continuó esta ley de cautividad, como puedo llamarla, y con las circunstancias de un desarrollo horroroso. Porque es terrorífico hasta el espanto que en Su infancia el abrazo puro de Su Madre haya sido su prisión, pero ahora, como preparación a Su ministerio público, ¡ceda ante Su enemigo y se someta a la manipulación del mismo espíritu vil! El arcángel rebelde, que *no* estaba sometido, que había agredido el trono

de Dios y había sido expulsado del cielo, es ahora quien agarra firme al Verbo Eterno Encarnado, le levanta y lo transporta de acuerdo a su voluntad, llevándolo a la ciudad santa y poniéndolo en el pináculo del Templo, y subiéndolo a la cima de la montaña para seducirlo con el soborno de un señorío sin cadenas de toda la tierra. “¿Qué armonía existe entre Cristo y Belial?” (II Cor 6, 15). Pero al demonio se le permite una posesión momentánea del Omnipotente.

Pero al menos, cuando comenzara a predicar, sería libre. Es verdad, hermanos, pero aun entonces lo persiguen las amenazas y las señales de una renovada cautividad. Tan pronto a como hace milagros y recoge seguidores, Sus hermanos dan la alarma y tratan de capturarlo. “Cuando se enteraron sus amigos, fueron a hacerse cargo de él, pues decían: ‘Se ha vuelto loco’” (Mc 3, 21). Cuando predicó en Nazaret “se levantaron y tomándolo violentamente, y le llevaron a una altura escarpada del monte para despeñarle” (cf Lc 4, 29). En otro momento fue un peligro para sus propios seguidores, pues estuvieron a punto de tomarlo por la fuerza para hacerlo rey. En otra oportunidad, “los escribas y fariseos enviaron guardias para detenerle” (Jn 7, 32). Y en otra ocasión. Herodes estuvo a punto de capturarlo y hacerlo morir.

Finalmente Él tenía que morir por nosotros, pero aun ese sacrificio de Sí mismo no le agradaba sin la prisión. Permitió, en palabras de la Iglesia, “*manibus tradi nocentium*”, caer en manos de los violentos. Ahora, yo pregunto, ¿qué necesidad había de este exceso de humillación? Iba a derramar su sangre y morir, sin duda, pero en las múltiples disposiciones de la Providencia había muchas maneras de morir sin caer en la feroz manipulación de carceleros y verdugos. Él podía haber decidir el modo de satisfacer el designio divino, y haberse dispensados de la instrumentalidad de los hombres. Leemos en la historia de reyes que van a morir cómo rehúsan la asistencia de ejecutores y se someten a su destino por un acto propio. Y para recordarnos que Él *no* *ne-*



Presentación del Niño en el Templo. El anciano Simeón, Rembrandt.

cesitaba experimentar esa profanación, cuando se le aproximaron por primera vez sus enemigos los hizo caer a tierra. Y nuevamente, fue para hacernos entender que sí iba a experimentar eso que les preguntó de modo conmovedor: “¿Cómo contra un ladrón habéis venido a prenderme con espadas y palos?...pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas” (Lc 22, 53).

Así habla, y esa reconvencción era el signo inmediato de aquellas indignidades especiales por comenzar, y de las cuales Él quiso revestir Su pasión y muerte. El que fue sometido al lagar de Getsemaní, y agonizó sin que nadie lo viera, excepto los Apóstoles y los Ángeles ministrantes, podría ciertamente haber ido al solemne sacrificio en soledad, como lo había comenzado, pero prefirió las “manos de los hombres”, prefirió el repugnante beso del traidor, prefirió el personal y las espadas de los sirvientes de un sacerdocio decadente, prefirió morir en medio de una turba furiosa, llevándole de un lado para otro, bajo

los puños, azotes y martillos de lictores salvajes, que lo encerraban en el calabozo, lo arrastraban ante la silla del juez, lo ataban a una columna, lo clavaban a la cruz, y al final, cuando lo peor había pasado y Su alma desaparecido, lo mejor que pudieron hacer sus amigos fue ponerlo apresuradamente en un estrecho sepulcro de piedra. ¡Oh maravillosa dispensación llena de misterio! que el Dios de naturaleza, el Señor del universo, debiera tomar un cuerpo para sufrir y morir, y no sólo eso, sino que ni siquiera se permitiese el derecho natural de todo hombre, rehusando ser dueño de sus propios miembros, y grande para los brazos de una Madre, sólo para entregarse a las garras tiranas de los soldados paganos.

Y ahora ciertamente, hermanos, llegamos al final de estas maravillas. Arrancó la roca sólida, resucitó de la tumba, ascendió a lo alto, está fuera de la tierra, a salvo de la profanación, y el alma y el cuerpo que asumió, participan por cierto, tanto como la naturaleza creada lo permite, de la Soberana Libertad y la Independencia de la Omnipotencia. No es así. Él está sin duda más allá del alcance del sufrimiento, pero nosotros, hermanos, prevéis lo que tengo que decir aún. ¿Está tan enamorado de la prisión que se propondría volver a visitar la tierra para poder sufrirla otra vez, si fuera posible? ¿Le dio tanto valor a la sujeción a Sus creaturas que, antes de irse, en las mismas vísperas de la traición, tuvo verdaderamente que proveer para después de la muerte la forma de perpetuar Su cautividad hasta el fin del mundo? Hermanos míos, la gran verdad está diariamente ante nuestros ojos: Él ha ordenado el milagro permanente de Su Cuerpo y Sangre bajo los símbolos visibles, para poder asegurar de ese modo el misterio permanente de una Omnipotencia en cadenas.

Tomó pan, lo bendijo, e hizo de él Su Cuerpo; tomó el vino, y dando gracias, hizo de él Su Sangre; y dio a Sus sacerdotes el poder de hacer lo que Él había hecho. De aquí en adelante, está en manos de los pecadores una vez más. El hombre frágil, ignorante, pecador, por el poder

sacerdotal recibido, fuerza la presencia del Altísimo, le guarda en un pequeño tabernáculo, lo administra al pueblo pecador. Sólo los que ahora está limpios del pecado mortal abren sus labios para Él; aquellos que pronto retornarán al pecado mortal le reciben en sus pechos; aquellos que están manchados por la vanidad y egoísmo, la ambición y el orgullo, presumen de tenerlo por huésped; los frívolos, los tibios, los mundanos, no temen recibirlo. ¡Oh! Aún aquellos que desean ser más serios le alojan con pensamientos fríos y erráticos, y apagan ese Amor que les inflammaría con Su propio fuego si se abrieran a Él. Así son los mejores de nosotros. ¿Y los peores? Hermanos, ¿qué diremos del sacrilegio, de Su recepción en corazones sucios con el pecado mortal no abandonado, de aquellas profanaciones innombrables que ocurren de tiempo en tiempo, cuando la increencia se arriesga a presentarse ante el sagrado altar y toma posesión de Él blasfemamente?

Hermanos, está claro que, cuando confesamos a Dios sólo como Omnipotente, le conocemos en parte, pues Él es una Omnipotencia que puede al mismo tiempo envolverse en debilidad y llegar a ser cautivo de Sus propias creaturas. Tiene, si puedo hablar así, el incomprensible poder de hacerse incluso débil. Debemos conocerlo por Sus nombres, Emanuel y Jesús, para conocerlo perfectamente.

Una palabra más antes de concluir. Algunas personas pueden considerar que un pensamiento como el que he desarrollado es una dificultad para la fe. Concedo que cada uno tiene sus propias pruebas y sus propios escándalos. Para mí, hermanos, sólo puedo decir que su efecto en mí está justo en la dirección opuesta, y, tremendo como es, no hace sino sugerir un incentivo para la adoración y para la fe también. ¿Qué maestro humano puede darnos una visión así de la infinitud de los consejos divinos? El ojo del hombre no ha visto el rostro de Dios, y el corazón del hombre nunca ha concebido o inventado tan maravillosa manifestación como la que contiene el

Evangelio acerca de Sus atributos inefables y sobrecogedores. Creo que es verdad la infinita condescendencia del Altísimo porque ha sido imaginada. Más aún, reconozco que es verdad como creo en las leyes de este mundo material, según las descubre la ciencia humana, es decir, porque veo aquí la acción silenciosa, debajo de la superficie, de un gran principio que no se ve hasta que es investigado. Adoro una verdad que, aunque patente a todos los que la buscan, sin embargo, para ser vista en su consistencia y simetría *tiene* que ser buscada. Y más aún, me glorío en ella, porque veo en ella el más tremendo antagonismo a la misma idea y esencia del pecado, sea el que existe en los Ángeles o en los hombres. ¿Para qué fue el pecado de Lucifer sino para lograr ser su propio amo? ¿Qué fue el pecado de Adán sino impaciencia a la sujeción y deseo de ser su propio dios? ¿Qué es el pecado de todos sus hijos sino el movimiento, no meramente de la pasión, no del egoísmo, no de la increencia, sino del orgullo, del corazón que se levanta contra la ley de Dios y se empeña en emanciparse de sus trabas? ¿Cuál es el pecado del Anticristo sino, como dice San Pablo, el de ser “el Adversario que se eleva sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta el extremo de sentarse él mismo en el Santuario de Dios y proclamar que él mismo es Dios” (II Tes 2, 4)? Entonces, si el verdadero principio del pecado es la insubordinación, ¿no hay un estupendo significado en el hecho de que Él, el Eterno, el único soberano y supremo, nos haya dado un ejemplo en Su propia Persona de ese amor a la sujeción, que en Él es simplemente voluntario, pero que en todas las creaturas es un deber elemental?

Hermanos míos, ruboricémonos de nuestro orgullo y voluntad propia. Pongamos atención acerca de nuestra impaciencia a las providencias de Dios hacia nosotros, de nuestros anhelos caprichosos tras lo que no puede ser, de nuestros esfuerzos testarudos para revertir Sus justos decretos, de nuestros conflictos con las duras necesidades que nos cercan, de nuestra irritación

por la ignorancia o el suspenso acerca de Su voluntad, de nuestra feroz y apasionada testarudez cuando vemos esa voluntad tan claramente, de nuestro deprecio arrogante de Sus mandatos, de nuestra determinación a hacer las cosas sin Él, de preferir nuestra razón a Su palabra, de las muchas, muchas, formas en que el viejo Adán se muestra, y una u otra que nuestra conciencia

nos dice que es propia. Y recémosle a Él, que es independiente de todos nosotros, pero que en este tiempo se hizo nuestro compañero y nuestro siervo, para que nos enseñe nuestro lugar en Su vasto universo, y nos haga ambiciosos solamente de esa gracia aquí y de esa gloria futura que Él nos ha adquirido con Su propia humillación.●—

2014

RETIRO ESPIRITUAL CON NEWMAN

Se trata de un retiro predicado sobre textos del beato John Henry Newman

Es un retiro abierto a todos los que deseen vivir tres días de silencio, meditación y oración, en un clima newmaniano.

**Desde el viernes 21 de marzo a las 20.00 horas
hasta el lunes 24 de marzo (feriado) a las 17.00 horas**

**En la Casa de Retiros María Auxiliadora
Fleming 3691 San Miguel**

**Informes e inscripción
011 4508 8511 (martes a viernes de 9.00 a 12.00 hs.)
Email: amigosdenewman@gmail.com**

“COR AD COR LOQUITUR”

El lema cardenalicio de Newman

FERNANDO MARÍA CAVALLER

1. El origen

Ubiquémonos en 1879. El Papa León XIII ha ofrecido el capelo cardenalicio a Newman, que viaja a Roma para recibirlo. Estando allí a pocos días del gran evento se pone a pensar en el lema para su escudo cardenalicio. No era obispo, sino un simple sacerdote, de modo que no tenía un lema episcopal anterior. Y entonces piensa en las palabras *cor ad cor loquitur*, “el corazón habla al corazón”. Parece que Newman nunca explicó la elección de este lema. Aquí intentaremos descubrir su origen y su significado a partir de lo que él mismo había escrito en su vida anterior al cardenalato.

Newman escribió desde Roma al Oratorio de Birmingham, para pedirle a uno de su comunidad que averiguara si las palabras ‘cor ad cor loquitur’ se encontraban en la versión Vulgata de la Biblia o en la Imitación de Cristo de Tomás de Kempis. Es evidente que había olvidado su origen. Pero lo cierto es que las había citado 24 años antes, en 1855, siendo fundador y rector de la Universidad Católica de Irlanda, en su obra *Idea de una Universidad*, y allí había dicho que son palabras de San Francisco de Sales. De todos modos, aunque olvidara su origen no olvidó las palabras, que ciertamente había guardado en su memoria, y que afloraban en el momento decisivo de querer expresar su vida y pensamiento. Y debemos decir que lo logró de modo extraordinario.

Por otra parte, se hace también evidente que había mucho en común entre él y San Francisco

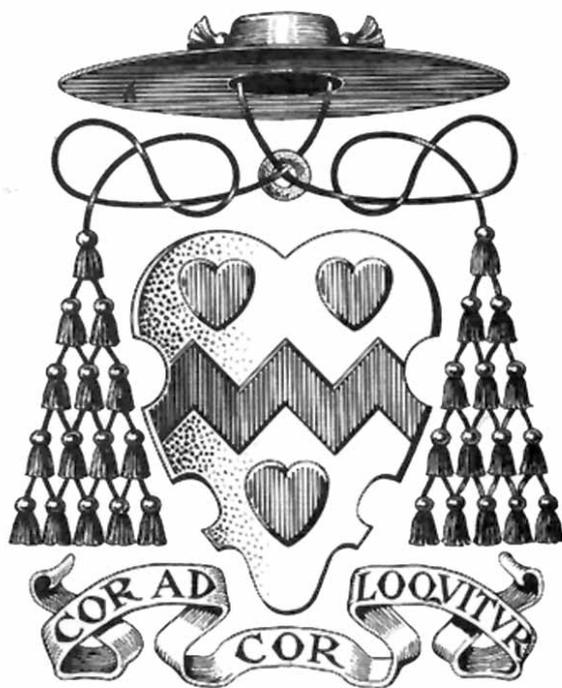
de Sales. En efecto, si vamos al Oratorio de Birmingham y entramos a su escritorio, que usó durante toda su vida católica, allí mismo, detrás de una división que oculta el altar privado, sobre la pared del altar puso un cuadro de San Francisco de Sales. Desde que fue Cardenal tuvo ese altar privado, y colocar allí la imagen del Santo corrobora su devoción al mismo y también el vínculo con el lema que inauguraba su nueva dignidad en la Iglesia.

Veamos ahora la frase en la *Idea de una Universidad*. Están en el capítulo titulado “*Predicación universitaria*”¹. Allí Newman considera qué es lo que haría bueno a un sermón predicado en una universidad. Al comienzo del segundo párrafo escribe:

“Queda claro de inmediato que el objeto del predicador es el bien espiritual de los que le escuchan. “*Finis praedicanti sit ut vitam (justitiae) habeant homines, et abundantius habeant*”, dice San Francisco de Sales. “El propósito de la predicación es que los hombres tengan vida, y la tengan en abundancia”.

Newman prosigue luego insistiendo en que, más importante que cualquiera de las habilidades naturales que ayudan a ser un buen predicador, es tener una intensa conciencia de este propósito.

¹ *Idea of a University, II, University Subjects, discussed in occasional lectures and essays*, VI, University Preaching, 1855, pp. 405 ss. La frase está en p.410.



“La misma presencia de una simple sinceridad² es aun en sí misma un instrumento natural poderoso para lograr eso hacia lo cual se dirige. La sinceridad crea sinceridad en otros por simpatía, y cuanto más un predicador se pierde y se olvida de sí tanto más gana a sus hermanos. Y esto no carece de fuerza lógica, porque lo que es suficientemente poderoso para absorber y poseer a un predicador, reclama, al menos *prima facie*, la atención de los que le escuchan. Por otro lado, cualquier cosa que interfiere con esta sinceridad, o que indica su ausencia, es más cierto aún que desafiará la fuerza del argumento más lógico expresado en el lenguaje más elegante. De aquí que el gran filósofo de la antigüedad, hablando en su Tratado sobre Retórica, de los distintas clases de persuasión que se consiguen en ese Arte, considera que la más autorizada de ellas es la que viene de los rasgos personales de

naturaleza ética que son evidentes en el orador, pues son cognoscibles por todos los hombres, y el sentido común del mundo decide que es más seguro, cuando es posible, entregarse al juicio de hombres de carácter que a cualquier consideración dirigida meramente a los sentimientos o a la razón... Talento, lógica, estudios, palabras, maneras, voz, acción, todo se requiere para la perfección de un predicador, pero ‘una sola cosa es necesaria’: una intensa percepción y aprecio del fin para el cual predica, que es ser el ministro de algún bien espiritual concreto para aquellos que lo escuchan. ¿Quién podría desear ser más elocuente, más poderoso, más exitoso que el Maestro de las Naciones, y sin embargo quién es más fervoroso, más natural, más desafectado, más olvidado de sí que El?”

Y sigue explicando:

“Nada llegará a ser verdaderamente fervoroso buscando directamente el fervor, sino meditando en los motivos y bebiendo en las fuentes del fervor... Sentarse a escribir para el púlpito con la resolución de ser elocuente es un impedimento para la persuasión, pero determinarse a ser fervoroso es absolutamente fatal para ello. Aquel que tiene ante los ojos de su mente las cuatro postimerías, tendrá el verdadero fervor, el horror o el éxtasis de quien es testigo de una conflagración o discierne alguna perspectiva rica y sublime. Su rostro, sus modales, su voz, hablan por él en proporción a lo vívida y minuciosa que haya sido su visión...”

En este contexto del anhelo sincero por el bien espiritual de los que escuchan y en la contemplación de aquello que predica, es donde Newman ubica la larga cita de San Francisco de Sales que incluye la frase que, un poco alterada, se convertirá en el lema “el corazón habla al corazón”:

“Es esta sinceridad fervorosa de orden sobrenatural la elocuencia de los santos, y no sólo de los santos, sino de todos los predicadores cris-

2 *Earnestness*, puede traducirse también como seriedad, entrega, fervor, anhelo.

tianos, de acuerdo a la medida de su fe y de su amor. Como el caso sería el de alguien que ha visto realmente lo que relata, el mensajero de las noticias del mundo invisible serán también, por la naturaleza de las cosas, ya vehemente o calmo, triste o exultante, siempre simple, grave, enfático y perentorio; y todo esto, no porque se ha propuesto ser así, sino porque ciertas convicciones intelectuales traen consigo ciertas manifestaciones externas. San Francisco de Sales es pleno y claro en este punto. Dice que... “*Artificium summum erit, nullum habere artificium. Inflammata sint verba, non clamoribus gesticulationibusque immodicis, sed interiore affectione. De corde plus quàm de ore proficiantur. Quantumvis ore dixerimus, sanè **cor cordi loquitur**, lingua non nisi aures pulsat.*”

Newman cita una transcripción latina de la carta de San Francisco de Sales al Arzobispo de Bourges, del 5 de octubre de 1604, acerca de la predicación: “*On a beau dire, mais le coeur parle au coeur, et la langue ne parle qu’aux oreilles*”³. La traducción de todo el párrafo sería:

“El soberano artificio es que no haya artificio. Es necesario que nuestras palabras sean inflamadas, no por los clamores y los gestos desmesurados, sino por el afecto interior. Es necesario que salgan más del corazón que de la boca. Por más que hablemos con la boca, ciertamente el **corazón habla al corazón**, y la lengua no habla más que a las orejas.”

También hay otros textos de S. Francisco de Sales que dicen cosas análogas, aunque no son el que cita Newman. Por ejemplo, en una carta a Santa Juana de Chantal del 24 de junio de 1604: “...je desire vous parler coeur a coeur”. “Quiero que usted hable de corazón a corazón”.⁴ O este texto del “Tratado del Amor de Dios”: “Ciertamente, en la Teología mística el principal ejerci-

cio es hablar con Dios y oírle hablar en lo íntimo del corazón; y porque esta conversación se hace por medio de secretísimas aspiraciones e inspiraciones, la llamamos coloquio de silencio: los ojos hablan a los ojos y el corazón al corazón, y nadie entiende lo que se habla más que los sagrados amantes que hablan”.⁵

De acuerdo a Wilfrid Ward, el primer biógrafo de Newman, eligió el lema porque resumía su misión de mover los corazones. Continúa insistiendo Newman sobre el Cor ad Cor:

“Mi segunda observación es que el deber del predicador es aspirar a impartir en otros, no cualquier beneficio fortuito o impremeditado, sino algún bien espiritual *determinado*. Es aquí donde el propósito y el estudio encuentran su lugar; cuanto más exacto y preciso sea el tema que trata, tanto más impresionante y práctico será él, porque nadie podrá llevarse mucho de un discurso que trata sobre la cuestión general de la virtud, o trata vagamente la cuestión de lo deseable que es llegar al cielo, o la imprudencia de incurrir en la ruina eterna. Así como una imagen precisa ante la mente hace fervoroso al predicador, así le dará algo que vale la pena comunicar a otros. La mera simpatía, es verdad, es capaz de transmitir una emoción o sentimiento de una mente a otra, pero no es capaz de fijarla allí. El predicador debe aspirar a imprimir sobre el corazón lo que nunca olvidará, y esto no lo puede hacer a menos que se ocupe en algún tema definido, que tiene que dominar y ponderar, y entonces, como si fuera, entregarlo a otros”.

Es decir, que al encontrar el origen del lema en este discurso universitario sobre la predicación, ya hemos hallado algo del significado que Newman (y Sales) le daban. Pero podemos ahondar más en ello.

3 CCXXIX, OEA XII, p.321, edición crítica de Annecy, 1902

4 CCXXIII, OEA XII, 282-288, edición crítica de Annecy, 1902

5 Libro VI, fin del cap. 1 (OEA IV, p.305-6)

2. El significado teológico

Cor ad Cor loquitur resume de manera admirable una característica fundamental de su pensamiento y de su vida, que podríamos llamar *personalismo*. El lema contiene en sí mismo la realidad de un Dios Personal que nos ama, la realidad de Jesucristo que nos salva desde el corazón abierto en la cruz, la realidad de la Iglesia como Comunión de los Santos, la realidad de la amistad cristiana, la realidad de lo que brota del corazón humano, como entiende esta expresión la Biblia, la comprensión que tuvo él como pastor del corazón humano, de sus miserias y de sus grandezas, la capacidad para llegar a él en sus sermones dominicales, su labor docente con niños y jóvenes. Vayamos por partes.

En Newman encontramos una verdadera **teología del corazón**, que, en primer término, está en consonancia con la “cardiología bíblica” tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. El corazón es, por un lado, el órgano del cuerpo: “siento palpitar mi corazón, me abandonan las fuerzas, y me falta hasta la luz de los ojos” (Sal 38,11). Pero también está usado en sentido figurado, como centro de la vida espiritual y anímica, del interior del hombre, la fuente misma de su personalidad consciente, inteligente y libre. Dios ha dado a los hombres “un corazón para pensar” (Eccl 17,6). Designa a veces la totalidad de la persona: “Mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo” (Sal 83,3). Es el lugar de los sentimientos: del dolor, de la alegría, de la tranquilidad, o de la excitación: “Mi carne y mi corazón desfallecen, pero Dios es la fortaleza de mi corazón y mi porción para siempre” (Sal 73,26). “Sed fuertes y valiente de corazón los que esperáis en el Señor” (Sal 31,25). Para hallar a Dios hay que “buscarlo con todo el corazón” (Dt 6,5). El corazón es la sede de las decisiones, de la veneración a Dios o del endurecimiento que aparta de Él: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí” (Is 29,31). El corazón es algo misterioso, “¿quién lo entenderá?” (Jer 17,9). Y esto es por el pecado que ha entrado en él. Se trata del corazón obstinado

o caprichoso: “Han seguido la inclinación de su mal corazón” (Jer 7,24). Por eso, el salmo suplica: “Oh Dios, crea en mí un corazón puro” (Sal 50,12). Hay 26 textos donde el Antiguo Testamento habla del corazón de Dios, de su dolor por el pecado del hombre. Por eso dice finalmente: “Yo os daré un corazón nuevo...quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne” (Ez 36,25), y también: “Pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré” (Jer 31,33). Es la promesa de la Ley nueva, la ley del Espíritu, de la gracia de Cristo. Jesús enseñará que “del corazón provienen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios...: esto es lo que hace impuro al hombre” (Mt 15, 19s). Y reafirma el primer mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente” (Mt 22,37). Y es Él el ejemplo vivo que hay que imitar: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11,29). San Pablo seguirá esta cardiología refiriéndola a la fe como adhesión del corazón: “Si tu corazón cree que Dios lo ha resucitado de los muertos, serás salvo. Porque la fe del corazón obtiene la justicia” (Rom 10,9). Finalmente, “La paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guarda nuestros corazones” (Fil 4,7)

En segundo lugar, es a San Agustín, que se inspira en esta teología bíblica del corazón, a quien Newman siguió de cerca. De hecho, las *Confesiones* y la *Apología pro vita sua* son autobiografías de un corazón creyente. En San Agustín, es en el corazón donde sucede el nacimiento del Logos divino en el hombre, por lo cual dice: “redeamus ad cor, ut inveniamus Eum” (regresemos al corazón, para encontrarLe). La inspiración agustiniana de Newman está en sus mismos sermones. La famosa frase “nuestro corazón estará inquieto hasta que descansa en Ti”, tiene su equivalente newmaniano:

“Sólo es suficiente para el corazón Aquel que lo creó”.⁶

6 PPS V, 22, 1839.

Sus exhortaciones en los sermones apelan siempre al corazón en ese sentido bíblico y agustiniano:

“Vigila, reza, medita... Dale libremente tu tiempo a tu Señor y Salvador, si lo tienes, y si tienes poco, muestra tu sentido del privilegio dándole ese poco... Muestra que tu corazón y tus deseos, que tu vida está con tu Dios... prueba que eres Suyo y que tu corazón ha ascendido con Él.”⁷

Parece incluso identificar corazón y conciencia cuando se pregunta:

“¿Qué es tener una buena conciencia... sino acordarnos siempre de Dios en nuestros corazones, tener nuestros corazones en un estado que nos lleve a levantar los ojos hacia Él, y desear que Sus ojos nos miren a lo largo del día?”⁸

Ya católico y con 71 años dice en una carta:

“Por eso vemos a esas multitudes... que abandonan completamente la religión. No tienen impresa en sus corazones la vida de nuestro Señor y Salvador tal como nos la dan los evangelistas. Green sólo con el intelecto, no con el corazón.”⁹

Con gran énfasis se refirió el papa Benedicto XVI al lema cuando beatificó a John Henry Newman en Inglaterra en el 2010. De hecho, lo eligió como lema de su propia visita al Reino Unido, y dijo: “El lema del Cardenal Newman, *cor ad cor loquitur*, “el corazón habla al corazón”, nos da la perspectiva de su comprensión de la vida cristiana como una llamada a la santidad, experimentada como el deseo profundo del corazón humano de entrar en comunión íntima con el Corazón de Dios”.¹⁰

Aquí hay que señalar que el lema está expresando un diálogo de Amor pero en la Verdad. Y en Newman “corazón” nunca está entendido como centro de puros sentimientos. Desde

su conversión juvenil a los 15 años, Newman se apartó de la religiosidad que promovía el evangelismo, de talante emotivo y antidogmático. Por el contrario, afirmó con claridad una fe basada en la Verdad de la Revelación de Dios, expresada en lenguaje humano, y enseñada luego por la Iglesia en el lenguaje del Credo. Este principio dogmático, que Newman coloca a la cabeza de los principios característicos del cristianismo en su *Ensayo sobre el desarrollo* de 1845, no contradice el principio del corazón, porque la fe es para Newman un acto a la vez intelectual y volitivo, que incluye una inclinación de amor hacia el Testigo que revela la Verdad. “Creemos porque amamos”, frase de uno de sus *Sermones Universitarios*¹¹, manifiesta que la fe es cuestión del corazón tanto como de la razón. Por eso, en otro sermón de esta serie, describe la erosión paulatina de la fe que sufre el joven que se va dejando impregnar de los puntos de vista profanos, hasta imaginar que conserva la fe porque la ha reducido a su esqueleto:

“Hay algunos que, manteniendo su fe en lo principal, pierden la noción de su importancia. Cuando descubren que muchas personas no estarán de acuerdo entre sí sobre puntos de doctrina y disciplina, imaginan que la unión debe efectuarse en las condiciones que sean; consienten en abandonar artículos de fe que son básicos para la comunión cristiana e intentan realizar lo que denominan una unión de corazones, como vínculo de comunión entre los que difieren en las nociones de un Dios, un Señor, un Espíritu, un bautismo y un cuerpo...”¹²

Esta “unión de corazones” desprovista del contenido de la fe, es decir de la Verdad, no es lo que Newman quiere expresar en su lema. Por el contrario, habla del “amor a la Verdad”, que es Cristo mismo. Se trata de una unión cordial y verdadera con Él. “Parece que hay ‘necesidad’ del

7 PPS VI, 15, 1837.

8 PPS V, 22. 1839

9 LD, XXVI, p.87, 12-5-1872.

10 Homilía de la Misa de Beatificación. 19 de septiembre.

11 OUS, XII.

12 Id, p.181

Credo en estos tiempos peligrosos”, dice en uno de los *Tractos* del Movimiento de Oxford¹³, e insiste en lo mismo en uno de los *Sermones parroquiales*:

“El mundo religioso piensa poco adónde le conducen sus opiniones, y no descubre que está adorando un mero nombre abstracto o una vaga creación de la mente en vez del Hijo siempre vivo, hasta que la defeción de sus miembros le conmueve, y le enseña que la así llamada religión del corazón, sin ortodoxia ni doctrina, no es sino el calor de un cadáver, real por un tiempo, pero cierto a desaparecer”.¹⁴

3. El significado orante

Esta unión *cor ad cor* con Dios se expresa en la vida orante del cristiano. La experiencia de oración en Newman arranca de su primera conversión a los 15 años, que resume con estas palabras:

“Descansar en el pensamiento de dos y sólo dos seres absoluta y luminosamente autoevidentes: yo y mi Creador.”¹⁵

No era una percepción subjetivista o solipista, porque en ella quedaba abierto al misterio trascendente de Dios. Había encontrado al Dios personal de la Revelación, que le hace decir:

“De no ser por esta voz que tan claramente habla a mi conciencia y a mi corazón, cuando miro a este mundo yo sería ateo, panteísta o politeísta.”¹⁶

Ya católico seguirá expresando esta convicción religiosa profunda. Dice en la meditación *Dios y el alma*:

“Tú sólo, mi amado Señor, eres el alimento

para la eternidad, Tú sólo. Tú sólo puedes satisfacer el alma del hombre. La eternidad sería miseria sin Ti, aun cuando no infligieras ningún castigo. Verte, mirarte, contemplarte, sólo esto es inagotable... Despiértame de la pereza y de la frialdad, y hazme desearte con todo mi corazón. Enséñame a amar la meditación, la lectura sagrada y la oración. Enséñame a amar aquello que ocupará mi mente por toda la eternidad.”¹⁷

Su oración a Dios incluía como rasgo esencial la intercesión por otros, con intenciones concretas y personales. De modo el *cor ad cor* con la caridad divina pasaba a la memoria cordial de sus hermanos. Las de la semana para su oración personal en 1824, eran estas para el jueves, copiada tal cual en su posterior libreta de Misa, con la comprensible omisión de “romanistas”:

“Intercesión por el rebaño de San Clemente, clérigos disidentes, romanistas, aquellos sin religión, piadosos, rector, capilleros y otros oficios, enfermos, ancianos, jóvenes, mujeres que trabajan con niños, ricos y pobres, escuelas, que la iglesia pueda ser reconstruida y bien, por la unidad, por la extensión de la religiosidad.”¹⁸

La oración personal de Newman tuvo, desde su vida anglicana, el punto máximo en la celebración litúrgica eucarística, ya que creyó tempranamente en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Así recuerda sus celebraciones anglicanas, un año después de la conversión:

“Cuando estaba en la celebración eucarística de la mañana en St. Mary (así lo señalo pues estoy apelando a mi memoria claramente) tenía un sentido absoluto y sobrecogedor de la Presencia Real.”¹⁹

Y esta convicción le movía a predicar frecuentemente sobre la Eucaristía, terminando con este tipo de súplica orante:

13 Tract 73, *On the Introduction of Rationalistic Principles into Religion*, 1. 1836; en ECH I, 30-39.

14 PPS III, 12.

15 Apo 32.

16 Apo

17 MD, 3.

18 Manuscrito, Archivos del Oratorio de Birmingham, C.5.12.

19 LD XI, 101, carta a Wilberforce, 27 de enero de 1846.

“Pidámosle que nos de tal visión real y vívida de la bienaventurada doctrina de la Encarnación del Hijo de Dios, de Su nacimiento de una Virgen, de su muerte expiatoria, y de su resurrección, que podamos desear que la Santa Comunión sea el tipo efectivo de esa bondadosa economía...Pidámosle que nos dé el verdadero anhelo de Él, la sed de Su presencia, la ansiedad por encontrarle, el gozo por escuchar que ha sido hallado, aún ahora, bajo el velo de las cosas sensibles, y la buena esperanza de que nosotros le encontraremos allí.”²⁰

Consideraba la Eucaristía el sacramento propio de la espera entre la Ascensión y la Parusía, y por lo tanto el *cor ad cor* más adecuado para preparar ese encuentro final.

“Si os sentís perturbados interiormente y confundidos, y encontráis difícil fijar la mente en las cosas invisibles y esperar la llegada de Cristo que sabéis que debéis esperar, considerad entonces si a lo mejor esto no viene por haber descuidado ese santo mandato de anunciar la muerte del Señor ‘hasta’ que vuelva. Hay pocas personas que se acercan a ese santo sacramento con la frecuencia que debieran, y si no sienten afecto por Cristo que se pregunten si elevan sus corazones al Señor en esa celebración en la que son efectivamente capacitados para elevarlos. Ese sacramento es el sacramento de la esperanza. Se entiende como un sostén hasta que el Señor venga”.²¹

Como desarrollo de esta devoción personal eucarística, el gran hallazgo después de su conversión fue el sagrario. Le dice por carta a su amigo Wilberforce, que se convertiría más tarde:

“Estoy escribiendo desde la habitación contigua a la Capilla. Es una bendición tan incomprendible tener a Cristo corporalmente presente

en la propia casa, dentro de los propios muros, que hace desaparecer todos los demás privilegios y destruye, o debería destruir, todo dolor. Saber que está cerca, poder una y otra vez ir a Él a lo largo del día. Estad seguro, mi querido Wilberforce, que cuando estoy en Su Presencia no eres olvidado. Ciertamente, donde está el Santísimo Sacramento es ‘el’ lugar para la intercesión.”²²

Durante la celebración de la Eucaristía y delante del sagrario Newman vivió la mayor intensidad del *cor ad cor* con Jesús. Y eso mismo fue lo que aconsejaba a sus dirigidos:

“En cuanto a mí mismo, y a muchos otros, la Presencia de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento es el alivio y la consolación para todos los problemas de los asuntos eclesiásticos. Deseo que usted pueda hacer suya esta consolación. ¿Qué puedo hacer mejor sino decirle que vaya a Él que es nuestra Vida y nuestra Fuerza, que puede hacer todo por usted, que la ama y que desea su amor? ¿Qué puede dañarla, si pone sus esperanzas, deseos, dudas y dificultades en Sus manos, si pone sus pensamientos para que Él los guarde, y le ruega para conformar su corazón al Suyo, y su voluntad a la Suya? Él puede hacer concesiones que nadie puede hacer, y darle la fuerza, la iluminación y la paz, que el mundo no puede dar.”²³

4. El significado apostólico

El lema que nos habla del diálogo entre el hombre y Dios, nos habla a la vez del diálogo entre los hombres, especialmente entre el cristiano y los hombres de su tiempo. Es decir, nos habla de la trasmisión de la Verdad en el mundo, que sigue la dinámica de la predicación y del ejemplo vivo de los cristianos. El Evangelio pide una trasmisión de corazón a corazón, es decir, de persona a persona. Recordemos que Newman extrae el lema de una carta de San Francisco de Sales sobre la

20 PPS VI,11, 1838.

21 MS 230 1830, y repetido hasta 1842.

22 LD XI, 129, 26 de febrero de 1846.

23 LD XXV, 156-157, carta a Mrs. Wilson, 3 de Julio de 1870.

predicación, y lo cita en un discurso suyo sobre el mismo tema. Newman insiste en la transmisión personal de la Verdad, del Credo vivido, de la vida santa del que habla de Dios, es decir, de la necesidad de un fuerte personalismo. De cara al racionalismo de su época, no duda en afirmar que

“el rechazo del cristianismo brota de una falta del corazón, no del intelecto²⁴.”

Entonces se comprende su insistencia en el personalismo que impregnó su vida sacerdotal y docente. Dice en su *Gramática del asentimiento*:

“Al corazón se llega comúnmente no por la razón, sino por la imaginación, por las impresiones directas, por el testimonio de hechos y de sucesos, por la historia, por la descripción. Las personas nos influyen, las voces nos hacen dudar, las miradas nos subyugan, los hechos nos inflaman.²⁵”

En la *Apología pro vita sua*, su autobiografía hasta la conversión, se pasa hablando de personas que han influido en él, algunas visibles y cercanas, otras alejadas en el tiempo, como los Padres de la Iglesia. Comprendió que la estrategia divina había sido así: elegir a alguno para que fuera su mensajero, los profetas del Antiguo Testamento y los Apóstoles del Nuevo. La fe había sido siempre creer “algo” a “alguien”, una entrega personal al testigo. Esto lo expresó como anglicano en un célebre sermón, *La influencia personal como medio de propagar la Verdad*²⁶, que marcó el comienzo del Movimiento de Oxford.

“La Verdad se ha aceptado en el mundo no por su carácter de sistema, ni por los libros, de por la argumentación, ni por el poder temporal que la apoyaba, sino por la influencia personal de quienes testificaron, tal como lo he explicado, siendo a la vez maestros y modelos de la misma.

Los hombres se deciden, con pocas dificultades, a mofarse de los principios, a ridiculizar los libros, a reírse del nombre de los buenos; pero no pueden soportar la presencia de éstos. Es la santidad revestida de forma personal la que no pueden abatir, mirándola fijamente cara a cara... La conducta práctica de una persona religiosa es algo que les supera por completo...Será difícil valorar debidamente la fuerza moral que puede adquirir dentro de su círculo, al cabo de los años, un solo individuo ejercitado en la práctica de lo que enseña...El atractivo de la santidad humilde tiene un carácter de irresistible urgencia.”

Y más adelante agrega:

“Debemos sentirnos conformes con la suerte más humilde y más oscura,...que en ella podemos ser los instrumentos de un bien muy grande, que casi en ninguna situación se puede ser instrumento directo de bien para nadie, fuera de los que personalmente nos conocen, los cuales no pasan nunca de un círculo reducido...”

Luego dice que esta influencia personal queda reducida a veces a un solo testigo de la Verdad, y habla de San Atanasio: “Estos hombres son puestos como el profeta en su atalaya, y encienden sus faros en las cumbres”. Por supuesto, la clave del sermón son las virtudes personales del Maestro de la Verdad. En Jesús tenemos la revelación más perfecta de la Verdad, y al mismo tiempo la influencia personal más perfecta *Cor ad cor*.

Pero Newman no solo hablaba sino que encarnaba esta concepción personalista, palpable en sus primeros años de sacerdote anglicano y en su actividad en el Movimiento de Oxford. Palmer, uno del Movimiento, soñaba con una comisión, con reglamento y reuniones. Pero Newman decía:

“Los movimientos vivos no nacen de comisiones, ni las grandes ideas operan por correo, sino en la fuerza de la influencia personal y de la congenialidad de pensamiento cuando se trata de sentar una teoría religiosa, condición que

24 LD I, 214,219.

25 GA, 107

26 OUS, 146.

Froude y yo considerábamos esencial para lograr verdadero éxito en la resistencia al liberalismo... Ninguna gran obra ha nacido de un sistema; los sistemas, en cambio, surgen de esfuerzos individuales... Tal es el curso de las cosas: promovemos la verdad por el sacrificio de nosotros mismos.... Yo había comenzado por mi cuenta y riesgo a publicar los *tracts*, que representaban el principio contrario, el de la personalidad”.²⁷

Y los repartía a caballo para llevarlos a los curas rurales. Es decir, *Cor ad Cor*. A través de los años siguió con esta firme convicción y dice en un sermón de su época católica:

“Como Dios nos anuncia la verdad no con su propia voz sino por la palabra de sus enviados, la fe es también asentimiento a lo que un hombre declara, considerado no como hombre a secas, sino en su función de mensajero, profeta o embajador de Dios... Es decir, la fe posee dos características: es segura, firme e inalterable en su asentimiento, y lo presta no porque vea con los ojos o con la razón, sino porque recibe las nuevas de uno que viene de Dios...”.²⁸

5. El significado eclesial

El lema nos habla también de la Iglesia. La comunión íntima de cada uno con el Corazón de Jesús la produce el Espíritu Santo, realizando también la unión de corazones en los hijos de la Iglesia. Su teología del corazón se inspira, y a la vez se corrobora en la Iglesia como Comunión de los santos. *Cor ad Cor* expresa también este gran misterio, que expresa no solamente la unión entre los cristianos en la Iglesia terrena, sino con los cristianos del mundo invisible. Dice en un sermón:

“Descubrimos que no estamos solos; que otros, antes, han estado en nuestra misma condición, han tenido nuestros sentimientos, han so-

brellevado nuestras pruebas, y han trabajado por el premio que estamos buscando. Nada eleva más la mente que la conciencia de ser miembro de una compañía grande y victoriosa... Un cristiano... sabe, por la Palabra de Dios, que es “ciudadano de una ciudad nada oscura” [Hech 21, 39]. Siente que la suya no es una línea advenediza sino muy antigua... Es uno de una multitud, y todos aquellos Santos de los que lee son sus hermanos en la fe. Encuentra, en la historia del pasado, una peculiar consolación que contrarresta la influencia del mundo visible... Los espíritus de los justos le dan coraje para seguirlos. Esta es la razón de que sea una característica del cristiano mirar hacia atrás, a los tiempos pasados. El hombre de este mundo vive en el presente, o especula acerca del futuro, pero la fe descansa en el pasado y está satisfecha. Hace del pasado el espejo del futuro... ¡Qué mundo de simpatía y consuelo se abre a nosotros en la Comunión de los Santos!... Cristo “ha reunido los hijos de Dios que estaban dispersos” [Jn 11,52], y los ha acercado unos a otros en cada tiempo y lugar... Un viaje tedioso parece más corto cuando se va acompañado, y sean pocos y muchos los viajeros, cada uno recorre el mismo terreno... Tal es el sentimiento del cristiano hacia todos los Santos, pero está especialmente excitado por la Iglesia de Cristo y por todo lo que pertenece a ella. Pues ¿qué es la Iglesia sino la garantía y la prueba del amor y del poder de Dios que nunca muere, de edad en edad?”²⁹

O en este otro sermón:

“Jesús no dejó el mundo como lo encontró, sino que dejó una bendición detrás suyo. Dejó en el mundo lo que antes no había en él: una secreta morada para gozar de la fe y el amor... Es la Iglesia de Dios, que es el verdadero Hogar que Dios nos provee, su propia corte celeste, donde mora con los Ángeles y los Santos, en el cual nos introduce por un nuevo nacimiento.”³⁰

27 Apo,

28 Mix, X, p. 192 ss.

29 *The Visible Church an Encouragement to Faith*, PPS III, 17, 1834.

30 *The Church a Home for the Lonely*, PPS IV, 12, 1837.



Newman cardenal. Retrato por
Claude Pratt, 1879

6. El significado pastoral

Sus 20.000 cartas (que ocupan 32 volúmenes en la edición crítica) son muestra cabal del interés por personas particulares, el deseo de responder a sus necesidades, corporales y espirituales, teológicas o morales. Fue consejero de muchos. Esto solo es suficiente para darnos cuenta de su amor y dedicación por las personas, una a una. En efecto, una carta es por esencia *cor ad cor*. Dice en una:

“Ud. debe recordar que todos los lugares tienen sus tentaciones, incluso el claustro. Nuestro trabajo aquí es vencernos a nosotros mismos: ser sensatos con nuestras debilidades, sentir las intensamente, es el paso necesario para vencerlas. Nunca espere estar sin ellas mientras viva. Si estas se vencen descubriría otras, porque sus ojos verían su estado real de imperfección más clara-

mente que ahora, y también porque son en gran medida una tentación del Enemigo, y él tiene tentaciones para todo estado, para toda ocasión. Puede convertir en tentación cualquier cosa que hagamos o que no hagamos, como un hábil retórico convierte cada cosa en un argumento... Si tal es la condición de esta vida, resistirlas es también un deber, y resistirlas con éxito.”³¹

Fue un sacerdote a cargo de parroquia tanto en su vida anglicana como en la católica. Y aun siendo Cardenal permaneció simple sacerdote, pues nunca fue nombrado Obispo. En su primer destino, San Clemente de Oxford, visitó la totalidad de la parroquia casa por casa. Dice haber aprendido que

“el modo más rápido de encontrar acceso al corazón de un hombre es entrar en su casa”.

La misma actitud personal la llevaba al claustro de la Universidad.

“Y ahora, Oh Señor, estoy entrando con el nuevo año en un nuevo curso de obligaciones, es decir la tutoría. Que me ocupe en ellas con la fuerza de Cristo, recordando que soy un ministro de Dios, y tengo encomendado predicar el Evangelio, recordando el valor de las almas, y que tendré que responder por las oportunidades que se me dieron para beneficiar a aquellos bajo mi cuidado.”³²

Su pensamiento, su oración, y su caridad pastoral, están patentes en sus Sermones. William Lockhart, futuro converso también, recuerda así su predicación: “Era para muchos de nosotros como si Dios mismo nos hubiese hablado por primera vez... Y no veo cómo pudo haber sido a menos que el que hablaba fuera él mismo un *vidente*, alguien que vio a Dios, y las cosas de Dios, y hablara de lo que había visto, en la penetrante, luminosa, intuición de la fe. Tenía el maravilloso poder sobrenatural de elevar la

31 LD XIV, 1850

32 AW, 209.

mente hacia Dios, y de implantar profundamente en nosotros una convicción personal de Dios, un sentido de Su Presencia”. Otro testigo dice: “Era un estilo siempre simple, refinado, sin pretensiones, y nada retórico, pero siempre marcado por una profundidad de sentimientos que brotaban evidentemente del corazón y de la experiencia del predicador...que parecía entrar en las mismas mentes de los que lo escuchaban”.

Dijo el Papa Benedicto al final de su homilía en la Misa de beatificación en Birmingham el 19 de septiembre del año pasado: “Prefiero concluir con una breve reflexión sobre su vida sacerdotal, como pastor de almas. Su visión del ministerio pastoral bajo el prisma de la calidez y la humanidad está expresado de manera maravillosa en otro de sus famosos sermones: “Si vuestros sacerdotes fueran ángeles, hermanos míos, ellos no podrían compartir con vosotros el dolor, sintonizar con vosotros, no podrían haber tenido compasión de vosotros, sentir ternura por vosotros y ser indulgentes con vosotros, como nosotros podemos; ellos no podrían ser ni modelos ni guías, y no te habrían llevado de tu hombre viejo a la vida nueva, como ellos, que vienen de entre nosotros” (Mix 3) Él vivió profundamente esta visión tan humana del ministerio sacerdotal en su desvelo pastoral por el pueblo de Birmingham, durante los años dedicados al Oratorio que él mismo fundó, visitando a los enfermos y a los pobres, consolando al triste, o atendiendo a los encarcelados. No sorprende que a su muerte, tantos miles de personas se agolparan en las calles mientras su cuerpo era trasladado al lugar de su sepultura, a no más de media milla de aquí. Ciento veinte años después, una gran multitud se ha congregado de nuevo para celebrar el solemne reconocimiento eclesial de la excepcional santidad de este padre de almas tan amado”.

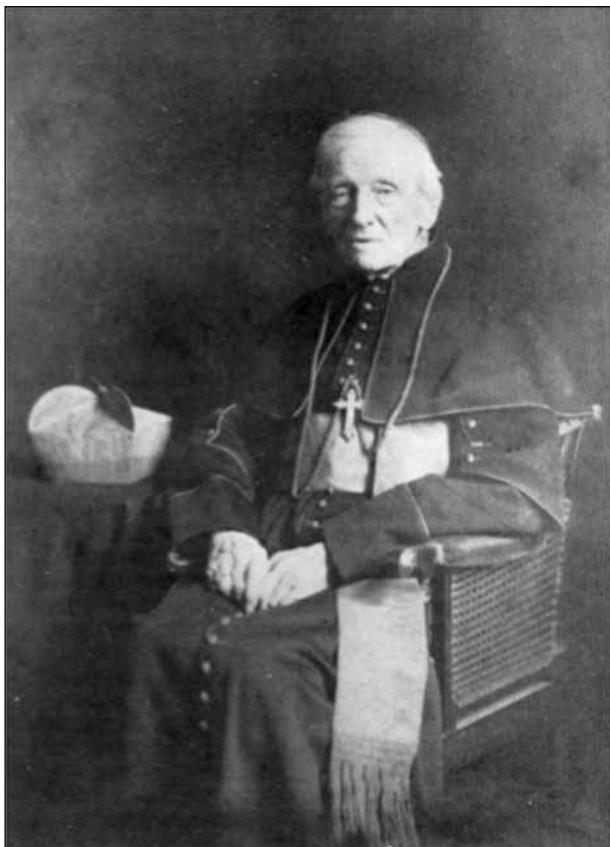
Todo lo dicho puede ayudarnos a comprender mejor el significado del lema de Newman. El resto del diseño del escudo muestra tres corazones con unas fajas de separación. Se han hecho interpretaciones varias, pero la realidad es que

Newman adoptó sin cambios un sello que usaba su padre. De todos modos, son corazones, a los que dio un significado de gran profundidad con las palabras *Cor ad Cor loquitur*.

Como texto final de Newman que parece recoger esa profundidad de modo orante y personal, *cor ad cor*, tenemos su meditación sobre el **Sagrado Corazón de Jesús**³³, que forma parte del conjunto *Meditaciones y Devociones* que compuso para los fieles del Oratorio de Birmingham, publicadas post-mortem. Cualquiera de ellas expresa esa cordialidad de Newman, pero dado el tema ésta parece ser la más apropiada. Debemos recordar que estas meditaciones son como un eco de sus sermones anglicanos, enriquecidos con el desarrollo propio de su vida católica, su larga experiencia orante, la caridad pastoral de ayudar a rezar a otros *cor ad cor*, y la permanente contemplación del misterio de Cristo, de modo especial, su corazón traspasado.

1. Sagrado Corazón de Jesús, Te adoro en la identidad de la personalidad de la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Lo que pertenece a la Persona de Jesús, pertenece por ello a Dios, y debe ser adorado con la única y misma adoración que tributamos a Jesús. Él no tomó Su naturaleza humana como algo distinto y separado de Sí, sino como simple, absoluta y eternamente Suyo, de modo de ser incluido en el mismo pensamiento que tenemos de Él. Te venero, Corazón de Jesús, en cuanto eres Jesús mismo, esa Palabra Eterna, en la humana naturaleza que tomó plenamente y en la que habita plenamente, y por ello en Ti. Tú eres el Corazón del Altísimo hecho hombre. Al adorarte, adoro a mi Dios encarnado, al Emmanuel. Te adoro por soportar aquella Pasión que es mi vida, pues Tú te partiste y rompiste en la agonía, en el jardín de Getsemaní, y Tu contenido precioso se derramó, gota a gota por las venas y los poros de Tu piel, sobre la tierra. . Después, te consumiste hasta secarte sobre la cruz, y luego de morir fuiste traspasado por la lanza, ofreciendo lo poco que quedaba de ese inestimable tesoro, que es nuestra redención.

33 *Meditaciones sobre la doctrina cristiana*, XVI



Newman en 1883

2. Mi Dios, mi Salvador, adoro Tu Sagrado Corazón, pues ese corazón es la sede y la fuente de todos Tus más tiernos afectos humanos hacia nosotros, pecadores. Es el instrumento y el órgano de Tu amor. Latió por nosotros. Suspiró por nosotros. Sintió dolor por nosotros, y por nuestra salvación. Se encendió de celo fogoso porque la gloria de Dios se manifestara en y por nosotros. Es el canal por el cual nos ha venido todo Su desbordante afecto humano, toda Su Divina Caridad hacia nosotros. Toda Su incomprensible compasión por nosotros, como Dios y Hombre, como nuestro Creador, Redentor y Juez, nos ha venido, y viene, en un único torrente, a través de ese Sagrado Corazón. Sacratísimo símbolo y Sacramento de Amor, divino y humano en su plenitud, realmente me salvaste por Tu divina fuerza, por Tu afecto humano, y finalmente por esa milagrosa sangre con la cual te derramaste.

3. Sacratísimo y muy amado Corazón de Je-

sús, estás oculto en la Santa Eucaristía y sufres aún por nosotros. Ahora como entonces dices *desiderio desideravi*, “con deseo deseé”³⁴. Te venero, pues, con todo mi mejor amor y reverencia, con mi ferviente afecto, con mi mayor sumisión y la más resuelta voluntad. Dios mío, cuando condesciendes a sufrir que te reciba, te coma y te beba, y por un momento estableces Tu morada en mí, haz que mi corazón lata con el Tuyo. Purifícalo de todo lo que es terrenal, de todo lo que es orgullo y sensualidad, de todo lo que es duro y cruel, de toda perversidad, de todo desorden, de toda mortandad. Llénalo tanto de Ti, que ni los acontecimientos del momento ni las circunstancias de la época tengan poder de alterarlo, sino que en Tu amor y en Tu temor pueda hallarse en paz. ●—

34 “Y les dijo : Con deseo deseé comer esta Pascua con vosotros antes de padecer” (Lc 22,15).

PAROCHIAL AND PLAIN SERMONS VIII, 11

Predicado en Santa María Virgen de Oxford, el 1º de noviembre de 1836

Dando gloria a Dios en las ocupaciones del mundo

TRADUCCIÓN: FERNANDO M. CAVALLER

Por tanto, ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios (1 Cor, 10,31)

Cuando las personas se convencen de que la vida es corta, que es desproporcionada para cualquier gran propósito, que no se presenta adecuadamente ni conduce a la perfección del verdadero cristiano, cuando sienten que la próxima vida es todo en todos y que la eternidad es el único asunto que puede realmente reclamar o llenar sus pensamientos, entonces son capaces de devaluar esta vida en su conjunto, y olvidar su real importancia. Son capaces de desear pasar el tiempo de su permanencia aquí en una positiva separación de las actividades y obligaciones sociales. Pero debe recordarse que las ocupaciones de este mundo, aunque no son celestiales en sí mismas son, después de todo, el camino hacia el cielo, y aunque no son el fruto son la semilla de la inmortalidad, y aunque no son valiosas en sí mismas lo son por aquello a lo que conducen. Pero es difícil darse cuenta de esto. Es difícil darse cuenta de ambas verdades a la vez, y conectarlas, contemplando fijamente la vida futura pero actuando en esta. Aquellos que meditan es probable que descuiden aquellos deberes activos que, de hecho, les incumben, y que insistan en el pensamiento de la gloria de Dios, hasta que olvidan actuar para Su gloria.

Este estado de mente es reprendido en figura en las palabras de los santos Ángeles a los Apóstoles: “Hombres de Galilea, ¿qué hacéis mirando al cielo?” (Hech 1, 11).

De varios modos el pensamiento del mundo venidero lleva a los hombres a descuidar sus deberes en este mundo, y cuando lo hace así podemos estar seguros de que existe algo equivocado y no cristiano, no en el hecho de pensar en el mundo venidero, sino en el modo de pensar en él. Pues aunque la contemplación de la gloria de Dios puede en ciertos tiempos y personas interferir admisiblemente con las ocupaciones activas de la vida, como en el caso de los Apóstoles cuando nuestro Salvador ascendió a los cielos, y aunque tal contemplación incluso se nos permite libremente o se nos manda a ciertas horas de cada día, aun así, eso no es una real y verdadera meditación sobre Cristo, sino alguna falsificación que nos hace pasar el tiempo soñando, o llegar a ser habitualmente indolentes, o apartarnos de nuestros deberes existentes, o perturbarnos.

A pesar de todo, el pensamiento del mundo invisible es capaz de hacer esto de varios modos,



Recogiendo pimientos (detalle), Juan José Gárate, 1939.

y el peor de todos es cuando hemos aceptado la noción de que *debe* ser así. Y ciertamente es una tentación a la que están expuestas las personas que desean ser religiosas, de una forma u otra en cada época, y en ésta tanto como en tiempos pasados. Los hombres llegan a imaginarse que perder el gusto y la paciencia para los negocios de esta vida es renunciar al mundo y llegar a ser espirituales. Digamos que una persona ha sido irreflexiva e irreligiosa, quizás abiertamente así, o al menos descuidada acerca de la religión, y aunque inocente de cualquier pecado flagrante ha seguido su propia voluntad y capricho, sin ninguna práctica regular ni consistente de la religión. Ha sido, quizás, respetuosa de las cosas y personas sagradas, pero no ha tenido pensamientos serios acerca del mundo futuro. Ha tomado el bien y el mal –la religión y el mundo–, como vienen, primero uno y después el otro, sin mucha consideración. Ha sido aficionado a la diversión y

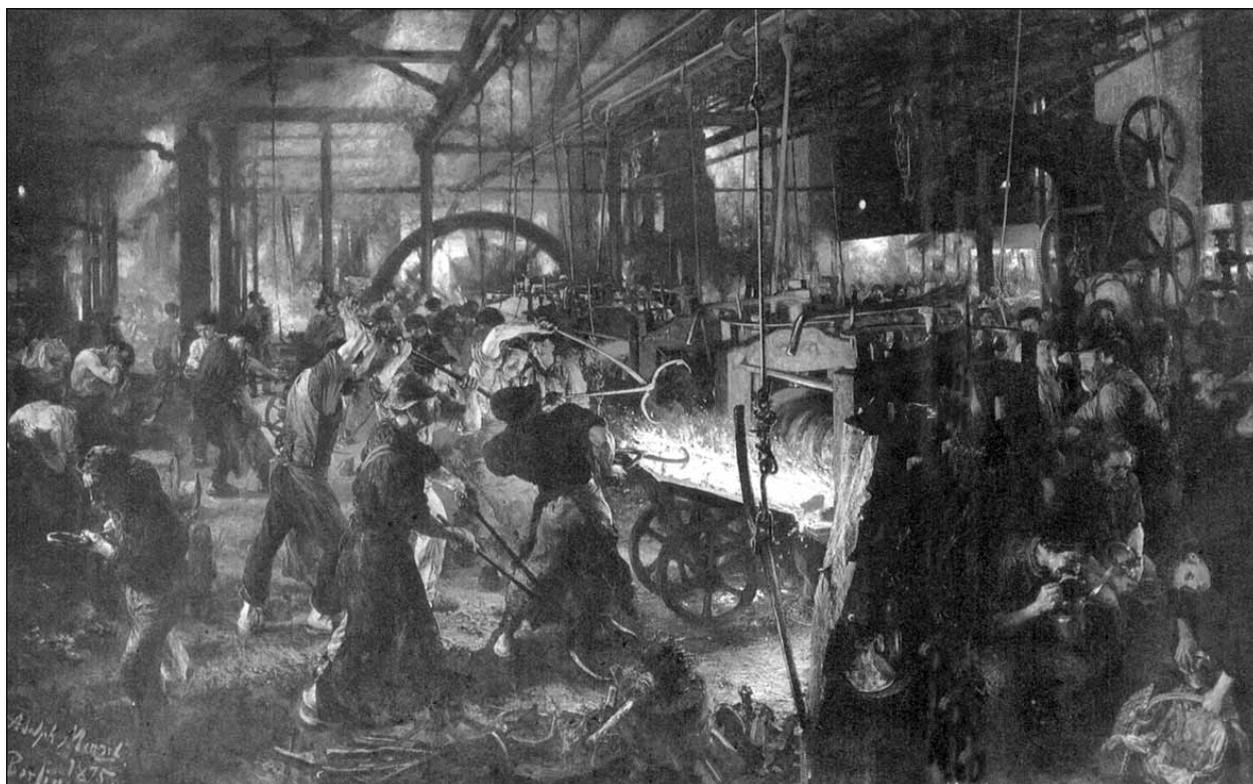
el regocijo, o profundamente interesado en algún propósito u otro del momento y de los sentidos, sea en su propio negocio o profesión, o alguno de los estudios y ocupaciones hoy populares. Ha adherido a los modos de las compañías en las que se ha encontrado, ha sido profano con los profanos, y ha tenido por un tiempo impresiones religiosas que a su vez ha desgastado. Así ha vivido, y algo ha ocurrido entonces que realmente le ha despertado y le ha dado lo que se llama un cambio serio. Tal persona, hombre o mujer, joven o viejo, necesita ciertamente un cambio serio, lo requiere, pero nadie debe estar muy alegre de escuchar que ha ocurrido un cambio, aunque al mismo tiempo pudiera haber cambios no mucho mejores que el suyo, porque su alma, en lenguaje de nuestro Señor, no estaba sino “barrida y en orden” (Mt 12, 44), no realmente cambiada de modo celestial, sino con la apariencia de la fe y la santidad.

Ahora bien, los casos de los que estoy hablando son algo similar a lo que el Señor parece hablar en el pasaje citado. Cuando un hombre se anima a resoluciones serias, lo más probable es que falle en asumir el único camino angosto que lleva a la vida. Lo probable es que “venga el Maligno” (Mt 13, 19) y lo persuada de elegir algún camino menor al verdadero, más fácil y placentero. Y *este* es el tipo de dirección a la que está a menudo seducido, de lo cual somos con frecuencia testigos, por ejemplo, sentir una suerte de disgusto y desprecio por sus ocupaciones ordinarias del mundo como algo que es indigno de él. Sabe que debe tener lo que la Escritura llama una mente espiritual, e imagina que para tenerla es absolutamente necesario renunciar a toda formalidad o actividad en sus trabajos mundanos, profesar no tener interés en ellos, desdeñar los placeres naturales y ordinarios de la vida, violando las costumbres de la sociedad, adoptando un aire melancólico y un tono de voz triste, permaneciendo silencioso y ausente cuando está entre sus amigos y familiares, como si estuviera diciéndose a sí mismo, “tengo pensamientos mucho más elevados para estar ocupado en todas estas cosas perecederas y miserables”, actuando con reserva y dificultad en las cosas de su alrededor, haciendo esfuerzos para cambiar las cosas que ocurren con el propósito de lo que considera una reflexión espiritual, usando ciertas frases y expresiones de la Escritura, deleitándose en intercambiar sentimientos bíblicos con las personas que encuentra de su mismo modo de pensar, más aún, haciendo signos visibles y audibles de profundo sentimiento cuando es mencionada la Escritura u otros temas religiosos, y cosas por el estilo. Piensa que vive fuera del mundo y de sus ocupaciones si cierra sus ojos, por así decir, y se sienta sin hacer nada. En resumidas cuentas, mira sus ocupaciones mundanas simplemente como una carga y una cruz, considera una ganancia poder quitárselas de encima, y cuanto antes y más a menudo pueda liberarse tanto mejor.

Estoy lejos de negar que una ocupación mundana *pueda* ser la cruz de un hombre, que bajo

ciertas circunstancias puede ser correcto incluso retirarse del mundo. Pero estoy hablando de los casos en los que el deber de una persona es permanecer en su profesión en el mundo, y así lo hace, pero abriga descontento con ello, cuando lo que debe sentir es que *mientras* está en eso está glorificando a Dios, no *fuera* de eso, sino *en* eso, y *por medio* de eso, de acuerdo a la instrucción del Apóstol, “sin pereza en las ocupaciones, con espíritu fervoroso, sirviendo al Señor” (Rom 12,11). Es mejor servido el Señor Jesucristo nuestro Salvador, y con más espíritu ferviente, cuando los hombres no son negligentes con sus ocupaciones, sino que cumplen con su deber en ese estado de vida al cual Dios se complace en llamarlos.

Ahora bien, lo que lleva a tal persona a este error es que ve que muchos hombres que se ocupan alegre y diligentemente en los negocios del mundo lo hacen con espíritu mundano, desde un amor carnal del mundo, y entonces piensa que, por el contrario, *su* deber es *no* tomar parte alegremente en los negocios del mundo nunca. Y no se puede negar que la mayor parte del mundo está *absorbida* en el mundo, tanto que casi tengo miedo de hablar acerca del deber de estar activo en nuestros negocios del mundo, para que no parezca que doy crédito a esa miserable devoción a las cosas temporales y sensibles, ese amor a la actividad y la administración, ese deseo de ganancia, esa ambición de influencia e importancia que abunda por todos lados. Malo como es ser lánguido e indiferente en nuestras obligaciones seculares, y llamar a esto religión, es mucho peor ser esclavos de este mundo y tener nuestros corazones en los asuntos de este mundo. No conozco nada más horrible que un estado de mente que es, quizás, el característico de este país, y que la prosperidad de este país fomenta miserablemente. Me refiero a ese espíritu ambicioso, para usar una gran palabra, pero no conozco otra para expresar lo quiero, esa baja ambición que sitúa a cada uno en la búsqueda de tener éxito y ascender en la vida, de amontonar dinero, de ob-



La fundición de acero, Adolph von Menzel 1872-1875, Galería Nacional, Berlín.

tener poder, de paralizar a los rivales, de triunfar sobre sus hasta ahora superiores, de afectar tener un resultado y una elegancia que antes no tenía o de tener opinión sobre asuntos elevados, de pretender formar un juicio sobre cosas sagradas, de elegir su religión, de aprobar o condenar de acuerdo a su gusto, de llegar a ser un partidista en gran medida por el supuesto beneficio temporal de la comunidad, de condescender con la visión de grandes cosas que están por venir, grandes reformas, grandes prodigios, todas cosas vastas, todas cosas nuevas. Este espíritu temiblemente terrenal y rastrero es probable que se extienda más y más entre los hombres de este país: un intenso, insomne, inquieto, nunca desgastado y nunca satisfecho seguimiento de Mamón, de una forma u otra, con exclusión de toda profundidad, santidad, calma, y pensamientos reverentes. *Este* es el espíritu con el cual los hombres se dedican comúnmente a los asuntos de este mundo, más o menos según sus distintos

temperamentos. Y repito que sería mejor, mucho mejor, retirarse del mundo por completo que estar ocupado de este modo en él, mucho mejor volar con Elías al desierto que servir a Baal y Astarté en Jerusalén.

Pero las personas de las que hablo, al desdeñar este mundo, están muy lejos del espíritu de Elías. Huir del mundo, o resistirlo vigorosamente, implica una energía y una fuerza de mente que ellos no tienen. No hacen ni una cosa ni la otra, ni huyen del mundo ni se ocupan celosamente de sus asuntos, sino que permanecen en medio de ellos, obrando de manera indolente y negligente, y pensando que esto es ser espirituales, o, como en otros casos, toman interés en ellos pero hablan como si los despreciaran.

Pero ciertamente es posible “servir al Señor” y “sin pereza en las ocupaciones”, no dedicados en exceso pero tampoco retirándose de las



Una calle de Londres a principios del siglo XX

mismas. Podemos hacer *todas las cosas* sean las que sean para la gloria de Dios. Podemos hacer todas las cosas *de corazón*, como para servir al Señor, no al hombre, siendo a la vez activos pero meditativos. Y dejadme ahora que os dé algunos ejemplos para mostrar lo que quiero decir.

1. “Hacedlo todo para gloria de Dios”, dice San Pablo en el texto, más aún, “ya comáis, ya bebáis”, por lo cual parece que nada es demasiado insignificante o trivial para glorificarle. Supongamos, pues, el caso mencionado ahora mismo, supongamos un hombre que ha tenido últimamente más serios pensamientos que antes, y determina vivir más religiosamente. Como consecuencia del cambio de mentalidad siente disgusto por sus ocupaciones terrenales, sea que estuviese en el comercio, o en algún empleo mecánico que permite poco ejercicio de la mente. Él siente ahora que debería estar mejor en al-

guna otra ocupación, aunque en sí misma su actual ocupación es bastante legítima y agradable a Dios. El mal instruido hombre se pondrá enseñada impaciente y la abandona, y si no la abandona al menos será negligente e indolente. Pero el verdadero penitente se dirá a sí mismo: “No; si el empleo es fastidioso, *me conviene mucho más*. No merezco nada mejor. No merezco ser alimentado ni con cáscaras. Tengo que afligir mi alma por mis pecados pasados. Si fuera vestido de saco y cenizas, si viviera a pan y agua, si lavara los pies de los pobres cada día, no sería una humillación tan grande, y la única razón por la que no lo haría es que no me siento llamado de ese modo, que parecería ostentación. Entonces saludaré con mucho gusto un inconveniente que me pondrá a prueba sin que nadie lo sepa. Lejos de quejarme, con la gracia de Dios, iré alegremente al encuentro de lo que no me gusta. Me negaré a mí mismo. Sé que con Su ayuda lo que es en sí

doloroso será placentero porque está hecho por Él. Sé bien que no hay dolor que no pueda ser llevado fácilmente pensando en Él, y con Su gracia y la fuerte determinación de la voluntad, más aún, nadie sino Él puede darme tranquilidad y consuelo. Incluso el gusto y el olfato natural puede ser hecho gustoso de lo que naturalmente disgusta, aún la medicina amarga que da náuseas al paladar puede ser tolerable por una resolución. Aún los sufrimientos y torturas, como los que han sobrellevado los mártires antes, han sido gozados y abrazados de corazón por amor a Cristo. Entonces yo, un pecador, tomaré este ligero inconveniente de modo generoso, gustoso ante la oportunidad de disciplinarme, con abajamiento, necesitado de una severa penitencia. Si hay partes en mi ocupación que detesto especialmente, si requiere mucha movilidad y quiero estar en casa, o si es sedentario y yo deseo estar en movimiento, o si requiere levantarse temprano y a mí me gusta hacerlo tarde, o si me hace solitario y a mí me gusta estar con amigos, toda esta parte desagradable, siempre y cuando sea compatible con mi salud, y no sea una probable trampa para mí, la elegiré con preferencia. Nuevamente veo que mis puntos de vista religiosos son un obstáculo para mí, veo personas que sospechan de mí, veo que ofendo a la gente con mis escrúpulos, veo que seguir adelante en la vida requiere mucha más devoción a mi ocupación secular que la que puedo dar consistentemente con mi deber a Dios, o sin que llegue a ser una tentación para mí. Sé que no debo sacrificarle mi religión, y (quiera Dios) no lo haré. Mis tiempos y horas religiosas serán más. No aprobaré ninguno de los tratos y prácticas mundanas, ni los modos extralimitados, ni las sordidas acciones que otros consienten. Y si soy rechazado en la vida por eso, si hago menos ganancias o pierdo amigos, y vengo a ser despreciado, y encuentro que otros ascienden en el mundo mientras yo permanezco donde estaba, duro como sea soportar esto, es una humillación que me conviene en satisfacción por mis pecados, y en obediencia a Dios, y es muy leve ser meramente privado del éxito del mundo, o mejor di-



Trabajador inglés de principios del siglo XX.

cho, es una ganancia. Y este puede ser el modo por el cual Dios Todopoderoso, si es Su voluntad bendita, me dé una oportunidad de dejar mi ocupación actual. Pero no dejarla sin un llamado de Dios, ciertamente no lo haré. Por el contrario, trabajaré en ella más diligentemente, tanto como me lo permitan deberes más elevados”.

2. Una segunda razón que animará al cristiano es el deseo de dejar que brille su luz ante los hombres. Aspirará a ganar a otros por medio de su propia diligencia y actividad. Se dirá a sí mismo: “mis padres” o “mi patrón” o “empleador” nunca dirán de mí que la religión me ha malogrado. Ellos me verán más activo y vivo que antes. Seré puntual y atento, y embelleceré el Evangelio de Dios nuestro Salvador. Mis compañeros jamás tendrán la ocasión de reírse de emoción alguna de sentimiento religioso en mí. No, no habrá ninguna afectación. De modo viril,

con la bendición de Dios, cumpliré con mi deber. Tanto como pueda, no deshonraré Su servicio con ninguna rareza o extravagancia de conducta, ningunas palabras irreales, ningún exceso de blandura o frialdad en el modo. Ellos verán que el temor de Dios sólo hace que aquellos que lo tienen sean más respetables a los ojos del mundo, así como más celestiales en su modo de pensar. Qué bendita recompensa será para mí, por las misericordias de Dios, que yo, que soy como un hierro sacado del fuego, pueda por Su gran misericordia recomendar a otros ese Evangelio que Él me ha revelado, y recomendarlo, por un lado a través de mi estricta observancia de los mandatos de Dios, desaprobando el vicio y la locura, como camino consciente, y por otro lado a través de todo lo que es de buena fama en la vida social: rectitud, honestidad, prudencia, franqueza, buen carácter, afabilidad, y amor fraterno”.

3. El agradecimiento a Dios Todopoderoso y la vida interior del Espíritu mismo, serán los principios adicionales que mueven al cristiano a trabajar diligentemente en su profesión. Verá a Dios en todas las cosas. Recordará la vida de nuestro Salvador. Cristo fue criado para un oficio humilde. Cuando trabaje en lo suyo pensará en el trabajo de su Señor y Maestro. Recordará que Cristo bajó a Nazaret y estuvo sujeto a sus padres, que caminó durante largas jornadas, que soportó el calor del sol y la tormenta, y no tenía dónde reclinar Su cabeza. Sabe que los Apóstoles habían tenido varios trabajos de este mundo antes de su llamado. San Andrés y San Pedro fueron pescadores, San Mateo cobrador de impuestos, y San Pablo, aún después de su llamado, fue fabricante de tiendas. Así pues, en todo lo que le venga se esforzará en discernir y mirar el rostro de su Salvador. Sentirá que la verdadera contemplación de ese Salvador reside en su trabajo secular, y que así como Cristo es visto en los pobres, en los perseguidos y en los niños, así es visto en los trabajos que Él pone sobre Sus elegidos, cualesquiera sean. Sentirá que atendiendo su propia ocupación se encontrará con Cristo, que si lo rechaza menos gozará

de Su presencia, y mientras actúa verá a Cristo revelado a su alma entre las acciones ordinarias del día, como una suerte de sacramento. Se este modo, tomará su trabajo del mundo como un don que viene de Él, y lo amará como tal.

4. La verdadera humildad es otro principio que nos llevará al deseo de glorificar a Dios en nuestros trabajos del mundo si es posible, en vez de abandonarlos. Evidentemente Cristo pone Su más gran bendición sobre aquellos que el mundo desprecia. Ha ordenado a Sus seguidores que se sienten en el último lugar. Dice que aquel que quiera ser grande debe ser el servidor de todos, que el que se humille será exaltado, y Él mismo les lavó los pies a Sus discípulos. Más aún, nos dice que se ceñirá a Sí mismo y servirá a quienes le hayan buscado, una condescendencia sorprendente que nos deja casi mudos de temor y gozo. Todo esto tiene su efecto en el cristiano, y emprende su trabajo con prontitud y sin un momento de demora, encantado con humillarse y con tener la oportunidad de ponerse en esa condición de vida que nuestro Señor bendice especialmente.

5. Además, él hará uso de sus trabajos seculares como medios para mantenerse lejos de la vanidad y de los pensamientos infructuosos. Una causa de las ideas malas del corazón es el tiempo que tiene para eso. El hombre que hace sus tareas diarias, que dispone su tiempo para ellas hora por hora, se salva de una multitud de pecados que no tienen tiempo para apoderarse de él. La meditación triste de los insultos recibidos, o el anhelo después de algún bien no concedido, o el lamento ante pérdidas que nos han acontecido, o ante la pérdida de amigos que han muerto, o los ataques pensamientos impuros y vergonzosos, a todo esto se le cierra el paso si él está tiene cuidado de ser diligente y estar bien ocupado. El ocio es la ocasión de todos los males. La holgazanería es el primer paso en el camino descendente que lleva al infierno. Si no encontramos trabajo para ocupar nuestras mentes, Satanás estará seguro de encontrar el suyo propio para

ellas. Aquí vemos la diferencia de motivo con el cual un hombre religioso y uno mundano hace la misma cosa. Supongamos una persona que ha tenido alguna triste aflicción, digamos que está de duelo: los hombres de este mundo, que no tienen gusto por la religión ni para meditar en una pérdida irreparable para ellos, en orden a ahogar la reflexión acuden a pasatiempos mundanos para divertir sus pensamientos y desterrar la tristeza. El cristiano, bajo las mismas circunstancias hace lo mismo, pero es por temor a relajarse y debilitar su mente con un dolor estéril, por terror a estar disgustado, por creer que está agradando mejor a Dios, y es probablemente para asegurar su paz más plenamente, no perdiendo el tiempo, es el sentimiento de que, lejos de olvidar a los que ha perdido actuando así, solamente gozará pensando en ellos más real y religiosamente.

6. Por último, vemos qué juicio dar en una cuestión a veces inquietante, esto es, si debiéramos retirarnos de nuestras ocupaciones del mundo al final de nuestra vida, para dirigir nuestros pensamientos más enteramente a Dios. Desear hacer esto es tan natural que supongo que no hay nadie que no lo desee. A muchísimas personas no se les concede ese privilegio, a muchísimas otras se les concede a través de enfermedades crecientes o de una extrema edad, pero todas, pienso, si pudieran elegir pensarían que es un privilegio que se les conceda, aunque muchas encontrarían dificultad para determinar *cuándo* sea el tiempo adecuado. Pero consideremos cuál es la razón de que sea un deseo tan natural. Me temo que no sea con frecuencia un pensamiento religioso, sino sólo parcialmente religioso. Me temo que un gran número de personas que buscan retirarse de sus ocupaciones del mundo lo hacen con la idea de gozar algo a la manera del hombre rico del Evangelio que dice: “alma mía, tienes muchos bienes en reserva para muchos años” (Lc 12, 19). Si esta es la intención predominante de alguno, por supuesto no necesito decir que es un pecado fatal, porque Cristo mismo lo ha dicho así. Hay otros que actúan con un sentimiento mixto, son conscientes de que dan mucho tiempo a la religión



Newman en su estudio, 1886.

como debieran, no viven con reglas, más aún, no están satisfechos con la corrección o la rectitud de algunas de las prácticas o costumbres que su modo de vida requiere, se cansan de los trabajos activos a medida que pasa la vida, y quieren estar cómodos. Entonces miran sus últimos años como un tiempo de retiro, en el cual puedan *tanto* pasarlo bien como prepararse para el cielo. Y así satisfacen tanto su conciencia como su amor del mundo. Al presente la religión es fastidiosa, pero esperan que en ese último tiempo el deber y el placer vayan juntos. Ahora bien, dejando de lado todos los otros errores que evidencia semejante estructura de pensamiento, observemos que si ahora ellos *no* están sirviendo a Dios con todo su corazón, sino mirando hacia el futuro un tiempo en el que lo harán, está claro que cuando al final *hagan a un lado* los cuidados del mundo y se vuelvan a Dios, si alguna vez lo hacen, ese tiempo deberá ser necesariamente de profunda

humillación, si ha de ser aceptable a Dios, no de un retiro confortable. ¿Quién ha oído hablar de un arrepentimiento placentero, cómodo y alegre? Es una contradicción en los términos. Estas personas, si reflexionaran un momento, deberían confesar que su actual modo de vida, suponiendo que no fuera tan estricto como debiera ser, amontona lágrimas y gemidos para los últimos años, no disfrute. Cuanto más vivan como lo hacen ahora, no sólo es más improbable que se arrepientan del todo, sino que aunque lo hagan, cuanto más penetrante sea más doloroso será. El único modo para escapar del sufrimiento por el pecado en la otra vida es sufrir por él aquí. Dolor aquí o miseria en la otra vida: no pueden escapar del uno o del otro.

Entonces, no es por ninguna razón mundana, ni por alguna presunción o motivo incrédulo, que el cristiano desea el ocio y el retiro para sus últimos años. Más aún, estaría contento sin estas bendiciones, y el cristiano más elevado de todos es aquel cuyo corazón está tan puesto en Dios que no las desea o necesita, cuyo corazón está tan fijo en las cosas de arriba que las de abajo le excitan, le agitan, le inquietan, le afligen, o le seducen tan poco como pueden parar el curso de la naturaleza, el sol y la luna, o cambiar el verano y el invierno. Así eran los Apóstoles, quienes, como los cuerpos celestes, fueron “a todas las naciones”, llenos de trabajos y, sin embargo, llenos también de dulce armonía, hasta los confines de la Tierra. Su llamado fue celestial, pero su trabajo fue terrenal; estuvieron en trabajos y problemas hasta el fin; sin embargo, considerad con qué calma escribe San Pablo o San Pedro en sus últimos días. A San Juan, por otro lado, se le concedió en gran medida retirarse de los cuidados de su cargo pastoral, y digo que tal será el deseo natural de todo hombre religioso, sea su ministerio espiritual o secular, pero no para *comenzar* a fijar su en Dios, sino sólo porque, aunque pueda contemplar a Dios tan verdaderamente y ser tan santo de corazón en la vida activa como en calma, aun así es más conveniente y apropiado encontrar el golpe de la muerte (si

se nos concede) silenciosamente, tranquilamente, solemnemente, que en una multitud y en un tumulto. De aquí que, entre otras razones, rechemos en la Letanía ser librados “de una muerte súbita”.

En resumen, pues, lo que he dicho llega a esto: que mientras Adán fue sentenciado a trabajar como un castigo, Cristo con su venida lo ha santificado como un medio de gracia y un sacrificio de acción de gracias, un sacrificio para ser ofrecido alegremente al Padre en Su nombre.

Es muy fácil hablar y enseñar esto, pero difícil hacerlo. Es muy difícil conducirse entre los dos males: usar este mundo sin abusar de él, ser activo y diligente en los negocios de este mundo pero no por el mundo sino por Dios. Hablar de esto requiere el esfuerzo más grande para un ministro de Cristo por esta razón: porque no está llamado en el mismo sentido que otros a trabajar. No está llamado, como lo está su gente, a las profesiones, los empleos y los cuidados de este mundo; su trabajo es celestial y a él se entrega totalmente. Es un trabajo que, así confiamos, no es probable que lo aleje de Dios, no sólo porque es Su trabajo, sino, lo que es una razón más cierta, porque comúnmente no obtiene grandes agradecimientos de los hombres. Sin embargo, por esta razón es difícil para los ministros cristianos hablar acerca de vuestras aflicciones en esta materia, hermanos, porque no son las de ellos. Nosotros somos probados por el mandamiento de vivir fuera del mundo, y vosotros por el mandamiento de vivir en él.

¡Quiera Dios darnos la gracia en nuestras diversas esferas y puestos para hacer Su voluntad y embellecer Su doctrina, que ya comamos o bebamos, que ayunemos o rechemos, que trabajemos con nuestras manos o con nuestras mentes, que estemos de camino o permanezcamos en reposo, podamos glorificar a Aquel que nos ha comprado con Su propia sangre!—

Dos cartas de Newman sobre diferencias entre católicos

TRADUCCIÓN INÉS DE CASSAGNE

A W. G. Ward:

Se comprenderá el contenido de esta carta si se tiene en cuenta que William George Ward (1812-82) fue primero, dentro del movimiento de Oxford, un tractariano extremista; que al hacerse católico en 1845, enseñó filosofía y luego teología en St Edmund's (Ware) y sobre todo que, de 1863 a 1878, publicó la *Dublin Review* (Revista de Dublín), haciendo de ella un órgano de extremo ultramontanismo ("papismo").

El Oratorio de Birmingham, Febrero 18 de 1866

Mi querido Ward,

Le agradezco mucho el regalo de su número y su amable carta— y por supuesto aún mucho más sus oraciones.

A mí no me turban tanto como a usted nuestras diferencias; pues en la Iglesia siempre ha habido tales diferencias y siempre las habrá; si no las hubiere sería que los cristianos han dejado de tener vida espiritual e intelectual. Es parte de nuestro estado militante. No hay poder humano que pueda impedirlo, y si se lo intentara no se lograría más que una soledad y a eso llamarlo paz. Por pensar que ningún poder humano puede impedirlo, por mucho que trate, es que no siento gran ansiedad ni turbación. El hombre no puede, y Dios no lo quiere. Quiere decir que tales diferencias se conviertan en un ejercicio de caridad. Por supuesto que deseo coincidir lo más posible con todos mis amigos; pero, si a pesar de mis mayores esfuerzos, ellos van más allá que yo o se quedan más acá, y no puedo evitarlo, me lo tomaré con calma.

En cuanto a escribir un libro sobre la infalibilidad del Papa, jamás entró en mis pensamientos. Soy un polemista, no un teólogo. Y no tendría nada que decir sobre ella. Siempre la tomé por verdadera, pero nunca la pensé con certeza. Definirla no me parece oportuno ni probable; pero no tendría ningún inconveniente en aceptarla si tal se hiciera. Y no creo que con mi razón vaya a ir nunca más allá o más acá acerca de este asunto.

Lo único sería, que si escribiera otro panfleto sobre Pusey¹, me vería obligado a añadir algunas frases en cuanto a que la infalibilidad del Papa no es un artículo de fe—eso sería todo.

Con el afecto de siempre en Cristo
John Henry Newman del Oratorio

¹ El Dr. Pusey, sacerdote anglicano, amigo de Newman, colaboró con él en la época del Movimiento tractariano de Oxford y que dó como su leader después de la conversión de Newman al catolicismo. Siempre quedaron en buenos términos. Tener en cuenta que, en la fecha de esta carta, todavía no había sido definida la infalibilidad papal.

Carta a la Señora Wilson

En el otro extremo de Ward se posicionaba Sir John Acton (1834-1902) de una inmensa cultura, adquirida en Alemania como alumno de Dollinger, se volvió un católico liberal a ultranza. Actuó un tiempo en el Parlamento y luego se entregó al periodismo, en una activa campaña contra la definición de la infalibilidad papal. Finalmente, al ser ésta definida, Newman ayuda a aceptarla a muchos católicos, entre ellos a esta dama que se sintió turbada por ello:

El Oratorio. Octubre 20 de 1870

Privado

Mi querida Mrs. Wilson,

Me es muy difícil contestar su carta, tan triste, de manera que le sirva a usted realmente – y si no puedo hacer esto, ¿para qué escribirle?

Yo pienso que hay algunos obispos y sacerdotes que actúan como si no les importara nada si las almas que les han sido encomendadas se pierdan o no –y que sólo desean salvarlas a su propia medida. Si usted le pregunta directamente a su confesor si está obligada a recibir la Infalibilidad del Papa, usted actúa imprudentemente –y si él se lo pregunta a usted, él es el imprudente. La regla en la confesión es que cuando los sacerdotes difieren en sus opiniones, usted puede elegir al que quiera. Si yo fuera usted, iría a ver un sacerdote que no hiciera hincapié en esta cuestión –aunque debe haber pocos en Londres.

Por mi parte, varias veces ya había publicado mi intención de adherir a la Infalibilidad del Papa; pero aún así lamento profundamente la violencia que se ha aplicado en este caso.

Así y todo, hay detrás una cuestión más profunda. Cuando usted se hizo católica, ha de haber comprendido que la voz de la Iglesia es la voz de Dios. Nada define la Iglesia que no haya sido encomendado a los Apóstoles en el principio, pero este sagrado depósito no puede ser del todo extraído y entregado sino a través del tiempo. No hay ningún argumento contra la Infalibilidad del Papa, que empero no fue definida como verdad hasta el siglo XIX.

No se ponga en contra de esta doctrina. Poca cosa ha sucedido, mucho menos que lo que querrían sus abogados –que están decepcionados–. Nada está definido hasta que se actúa ex cátedra, y sólo hasta lo que allí se extiende es infalible. Hay gente que piensa que este decreto disminuye el poder *real* del Papa.

Afectuosamente a su disposición,
John Henry Newman

Littlemore, el “monasterio” de Newman

En el mes de octubre pasado, prediqué, siguiendo a Newman, el retiro anual de los monjes trapenses de Azul en su Abadía Nuestra Señora de los Ángeles. El tema general del retiro fue “La fe en la vida y el pensamiento del beato John Henry Newman”. Ofrezco aquí la primera de las meditaciones, como recuerdo afectuoso de esos días vividos en el silencio y la oración de un claustro cisterciense, en medio de aquel paisaje de serranía, tan notablemente parecido a la campiña inglesa, y como agradecimiento a la hospitalidad y cordialidad del Padre Abad Bernardo Olivera y toda la comunidad monacal.

Mons. Fernando M. Cavaller

La historia de la Iglesia nos enseña que grandes santos han buscado a Dios en el silencio, en lugares apartados. San Benito en Subiaco, San Bernardo en Citeaux, San Francisco en el eremo de Asís y en La Verna, San Ignacio en la cueva de Manresa... El beato John Henry Newman buscó ese “retiro” en Littlemore. Tenía 41 años. Ya hemos hecho un recorrido, incluso visual, de toda su vida. Puede parecer extraño que ahora comencemos por el medio en el intento de penetrar su pensamiento acerca de la fe. Pero es que en Newman, vida y pensamiento discurren a la par, y en Littlemore se ven ambos como con lupa de aumento. Se fue allí para buscar más de cerca al Señor, para meditar, para encontrar la verdad, para poder hallar el camino a seguir en un momento de gran incertidumbre, de gran aflicción por su Iglesia anglicana, y por el futuro de su pertenencia a la misma. Fue de principio a fin un retiro en la fe. Tras sus primeras dudas, que ya veremos más adelante, vino la condena de los obispos anglicanos a un escrito suyo, el Tracto n°90 del Movimiento de Oxford, donde interpretaba los 39 artículos de la fe anglicana en clave católica, y luego se enteró de la decisión de la Iglesia Anglicana, junto con el Parlamento, de nombrar un obispo común para anglicanos y luteranos en Jerusalén. Dice Newman en la Apología: Esta Iglesia no solamente prohibía cualquier simpatía o convergencia con

la Iglesia de Roma sino que buscaba activamente una intercomunidad con la Prusia protestante. Entonces, dice: se destruyó finalmente mi fe en la Iglesia anglicana.¹ Desde finales del 1841 yo me encontraba como en el lecho de muerte de mi Anglicanismo.² Littlemore fue, entonces, el punto de inflexión de las dos partes de su vida creyente, la anglicana y la católica.

Era una pequeña aldea a unos cinco kilómetros de Oxford. Significa “pequeño vado”, un bajío en medio de la campiña inglesa. Para llegar desde Oxford, el único camino oficial cruzaba los pantanos de Cowley y era usado por los coches de caballos y los carros de los granjeros. Newman había llegado allí catorce años antes, el mismo día que fue nombrado párroco de Santa María de Oxford, la iglesia de la Universidad, porque la villa de Littlemore pertenecía a su jurisdicción. Tomaba a veces una volanta, muchas veces iba a caballo, pero lo más habitual era ir a pie. Preparaba sus sermones durante las caminatas, y visitaba parroquianos a lo largo del recorrido. Había una sola calle y pequeñas casitas (cottage). No tenía iglesia y decidió levantar una, que se convirtió en símbolo de otra meta mayor: levantar la Iglesia anglicana de la postración en la que se encontraba, lo que Newman llamaba “segunda reforma”, en relación a aquella primera del siglo XVI. Fue el objetivo del Movimiento de



Littlemore.

Oxford, que él lideraba: defender la doctrina de la fe, la liturgia de los sacramentos, y la identidad de la Iglesia, contra el liberalismo creciente y la pretensión del Estado en materia religiosa. Pero en aquel retiro Newman fue pasando del intento de reforma anglicana a la conversión a la Iglesia romana, es decir, el final de un itinerario hacia la fe católica.

Ahora, es interesante preguntarnos por otras causas, además de los conflictos que vivía, y que pudieron llevarle a ese lugar apartado y sin relevancia alguna.

1. En primer lugar, y yendo al fondo del alma de Newman, nos dice: Desde mi niñez yo había entendido con especial claridad que mi Creador y yo, su criatura, éramos los dos seres cuya existencia se impone arrolladoramente, como la luz, in rerum natura...Es por completo un cara a cara, “solus cum solo”, entre el hombre y su Dios. Sólo Él crea, sólo Él redime, ante su mirada imponente iremos a la muerte, en Presencia Suya discurrirá nuestra felicidad eterna.³ Está hablando de su primera conversión, a los 15 años, al Dios Trinitario, personal y viviente. Bouyer dice que “fue la presencia de Dios dentro suyo. Las palabras yo y mi Creador implican el reconocimiento de que el alma sólo escapa de lo doloroso, de lo que la mantiene esclavizada, descubriendo que pertenece enteramente a Dios,

y que es verdaderamente ella sólo a la luz de la presencia de Dios, de que Dios es su Señor, y el alma es Suya, y Suya solamente”.⁴ Es, en muchos de sus escritos, el Deus absconditus, porque con nuestros mayores esfuerzos sólo podemos colegir de la superficie de las cosas mundanas algunas vistas débiles y fragmentarias de Él.⁵ La búsqueda de este Deus absconditus es lo que le lleva a Littlemore. Allí tendrá lugar su segunda conversión. La primera fue a Dios, la segunda a la Iglesia de Dios. En ambas el objeto primero de contemplación era el mismo.

De esto había predicado mucho, pero hay tres sermones, anteriores a Littlemore, que son relevantes. El primero lleva por título La inmortalidad del alma,⁶ y reitera aquellas palabras: Comenzamos gradualmente a percibir que sólo hay dos seres en todo el universo: nuestra propia alma y el Dios que la hizo...Al principio prevalece este mundo exterior...pero Dios comienza a ganarnos para una visión más verdadera de nuestro lugar en su gran designio de Providencia. Inmortalidad no significa que el hombre esté hecho sólo para una vida sin fin, sino para una vida con Dios. ¡Predicaba esto una semana después del estallido del Movimiento de Oxford!

El segundo sermón, de 1836, titulado La individualidad del alma,⁷ agrega otras reflexiones: Nada es más difícil que darse cuenta que cada hombre tiene un alma distinta, que cada uno de los millones que viven o han vivido es un ser íntegro e independiente en sí mismo, como si no hubiera nadie más en todo el mundo aparte de él... Clasificamos los hombres en masas, como podríamos reunir las piedras de un edificio...No podemos entender que una multitud es una colección de almas inmortales... Todos esos millones y millones de seres humanos que pisaron la tierra y vieron el sol sucesivamente, están todos existiendo en este preciso momento... Si alguna vez hemos visto un hijo de Adán, hemos visto un alma inmortal. Individual significa aquí personal, que es su concepción del hombre, tanto filosófica como teológica.

El tercer sermón, de 1839, *El pensamiento de Dios, sostén del alma*,⁸ nos presenta a Newman inspirado en San Agustín. La famosa frase “nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti”, tiene aquí su equivalente newmaniano: *Sólo es suficiente para el corazón Aquel que lo creó*. Esta convicción llenó su estadía en Littlemore. Es otra vez, *Yo y mi Creador*. El final del sermón, nos da la última clave para comprender su estado de espíritu: *La vida pasa, las riquezas se van, la popularidad es inconstante, los sentidos decaen, el mundo cambia, los amigos mueren. Sólo Uno es constante; sólo Uno es veraz con nosotros; sólo Uno puede ser verdadero; sólo Uno puede ser todas las cosas para nosotros; sólo Uno puede proveer a nuestras necesidades; sólo Uno puede llevarnos hacia nuestra propia perfección total; sólo Uno puede dar un significado a nuestra naturaleza compleja e intrincada; sólo Uno puede darnos el tono y la armonía; sólo Uno puede formarnos y poseernos. ¿Estamos dispuestos a ponernos bajo Su guía? Esta es ciertamente la única pregunta*. La fe en la Providencia de Dios es la base más profunda de su espiritualidad. En Littlemore, de modo singular, se puso bajo la guía de Dios. Lo había expresado en aquella poseía, la más famosa de todas las que compuso, al volver a Inglaterra del viaje por el mediterráneo en 1833. La tituló *La columna de nube*, pensando en la que guiaba a Moisés e Israel por el desierto, y el primer verso dice: *Lead Kindly Light, Guíame Luz bondadosa, y más adelante: no te pido ver el horizonte lejano, un paso es suficiente para mí*.

2. Pero a esta vida interior de Newman, se suma otra realidad que puede explicar la elección del “lugar” de ese retiro y la “forma” de vivirlo. En el siglo XII, había habido en Littlemore un monasterio benedictino femenino. El dato puede parecer casual, pero ayuda a enfocar una cuestión esencial para Newman: la historia de Inglaterra, Gales y Escocia, y, por supuesto, Irlanda, había sido hasta el siglo XVI una “historia monástica”. Desde Irlanda San Columba

llevó la fe a Escocia y al norte de Inglaterra, y cuando murió, en 597, San Agustín, enviado por el papa Gregorio Magno, entra desde el sur, estableciéndose en Canterbury. En el siglo VII estas islas eran un territorio cristiano gracias a la presencia monacal. Después de la devastación danesa, el monaquismo renació en el siglo X, y cuando llega Guillermo el Conquistador en 1066 había 44 monasterios benedictinos, que llegarán hasta 225 en el siglo XIII. En cuanto a los cistercienses, llegaron en 1128, y se instalaron sobre todo en el norte de Inglaterra y en Gales, y treinta años después ya habían fundado 50 monasterios. Tuvieron grandes extensiones de tierra, granjas, cultivos y ganado ovino, y la producción y exportación de lana contribuyó enormemente a la prosperidad económica de Inglaterra en la edad media. Así eran las abadías más importantes, Tintern en Gales, y Fountain y Rievaulx en York, con 150 monjes y 500 hermanos. En la época de Enrique VIII había 80 abadías cistercienses de monjes y 29 de monjas, y el total de casas monásticas de todas las órdenes residentes era de 800. El rey las disolvió en 1539 por un Acta del Parlamento, ingresando sus bienes a las arcas de la corona, o vendiéndolos a nobles y hombres pudientes. Quedaron 5000 monjes, 2000 canónigos regulares y 2000 monjas en la calle. Cientos de abadías, prioratos y conventos terminaron convertidos en ruinas, que hoy se pueden visitar en una suerte de peregrinación (penitencial). También en Oxford, los Colleges, que eran casas monásticas y conventuales desde la edad media, pasaron a la corona, bajo el nuevo régimen de la Iglesia Anglicana, que nacía entonces.

Newman vivía, pues, en un clima eclesial de larga tradición anti-monástica. Sin embargo, no compartía esta visión desde hacía tiempo, por su amor a los Padres de la Iglesia, que leía, estudiaba, y difundía desde los primeros años de su sacerdocio, y a esa Iglesia antigua donde encontró la primera tradición monástica que había cristianizado a Inglaterra. Ya había escrito sobre el monacato, en la semblanza de San Benito, diciendo que *su objeto era la quietud y la paz; su estado el reti-*

ro; su ocupación un trabajo simple,...la oración, el estudio, la transcripción, la labor manual y otras ocupaciones consoladoras nada excitantes...la summa quies, la más perfecta quietud.⁹ Y dice en la *Apología*: *En el verano de 1841 me encontraba en Littlemore tranquilo y sin preocupación alguna. Había decidido dejar de lado toda controversia y me dediqué a mi traducción de san Atanasio. La imagen lo dice todo.*

La controversia había comenzado ocho años atrás y había llegado a un climax, y en aquel retiro buscó refugio y consejo en San Atanasio, el gran testigo y maestro de la fe, que había vivido en su tiempo otra situación de controversia, que le llevó cinco veces al exilio. Newman veía con claridad las semejanzas, y buscaba orientación para su Iglesia del siglo XIX contemplando la del siglo IV y V. Por eso había promovido una Biblioteca de los Padres, y había escrito semblanzas patrísticas, publicadas en 1840 con el título *La Iglesia de los Padres*, donde aparecen Ambrosio, Basilio, Gregorio de Nacianzo, Agustín, Antonio Abad, Atanasio, Vicente de Lerins, Martín de Tours, y en una serie aparte el Crisóstomo y otros. Pretendía, dice, introducir en la moderna Iglesia de Inglaterra los sentimientos, ideas y costumbres religiosas de los primeros siglos.¹⁰

Los Padres representaban la primera tradición de fe después de los Apóstoles. Desde los 18 años, siendo estudiante en Oxford, se había apartado de la concepción protestante de la ‘sola scriptura’, reconociendo la Tradición de la Iglesia en relación a la Revelación. Precisamente, su ocupación hasta Littlemore había sido la cuestión de la fe, cimentada en la Escritura y en el Credo de la Iglesia. La cuestión era si la continuidad con la Iglesia de los Padres estaba en la Iglesia anglicana o no. Por supuesto, la insistencia en los Padres comenzó a ser motivo de crítica y sospecha. Cuenta Newman: *de todos lados se levantaba un clamor: los tracts y los escritos de los Padres nos llevarían a hacernos católicos antes de que nos diéramos cuenta.*

Pero en los Padres encontraba, no sólo las controversias trinitarias y cristológicas y los conflictos entre la Iglesia y el poder imperial, dos cuestiones que resurgían en el escenario inglés, sino también la importancia del monacato y del celibato en la Iglesia primitiva, otras dos realidades decididamente negadas por la tradición anglicana, que las consideraba “papistas”, un invento romano, y un modo de vida “incompatible” con el Evangelio. Sostenían que el Evangelio no dice nada sobre el monacato, y Newman ironiza: es tan poco razonable como decir que no dice nada acerca de deanes y capítulos, rectores ricos, obispos en el parlamento, y mucho menos acerca de la licitud del comercio y los derechos del hombre. Pero agrega: el asunto es tan terriblemente monástico que tiemblo por lo que pueda pasarme. De todos modos afirma: es el libro más bello que he hecho, porque no contiene más que las palabras y las obras de los Padres.¹¹ El contraste era grande con el pensamiento protestante de entonces, que Newman dice que si San Antonio Abad hubiera vivido en su época hubiese sido tenido por fanático, aislado como antisocial, y descalificado por una conducta impropia de un caballero, cuando en realidad, su conducta no fue vulgar, bulliciosa, imbécil, inestable, desobediente, sino calma y compuesta, varonil, intrépida, magnánima, llena de amorosa lealtad para con la Iglesia y la Verdad.¹² En efecto, dice, uno de los logros grandes del monacato primitivo fue, precisamente, su interés por la verdad en tiempos y lugares en los que las grandes masas de católicos la habían dejado escapar. Así, la cueva de Jerónimo en Belén y los monasterios de Agustín en el norte de África llegaron a ser refugios de “santidad” en un tiempo en que los cristianos se secularizaban cada vez más. Para Newman, la vida monástica será abrazada por la parte más seria y ansiosa de la comunidad, allí donde el cristianismo se expresa, a pesar de las miradas de desaprobación de la sociedad. Y al protestantismo le respondía así: la primitiva Iglesia “adoptó” ese modo de vida.¹³



Monasterio trapense de Azul, provincia de Buenos Aires..

Esta es la segunda razón que justifica la elección de retirarse a Littlemore, y de hecho ya había pasado allí la cuaresma de 1840, durmiendo en el suelo y ayunando intensamente, después de lo cual le escribió a un amigo sacerdote: ¿Qué dirías si estuviera pensando en sonsacarle a Mr. Leffer algunas tierras para construir allí [Littlemore] un monasterio? Esto es un secreto.¹⁴ Y a otro: Supón que tomara alumnos de teología en Littlemore, ¿no debería mi casa ser una suerte de dependencia de Oriel?...Suponiendo que surgiese una opinión favorable a los establecimientos monásticos y que mi casa tuviese que seguirla y adaptarse a un regla disciplinaria, ¿no sería de desear que tales instituciones saliesen de los Colegios de nuestras dos universidades?¹⁵ Y le escribe a su cuñado, una suerte de arquitecto amateur: Hemos comprado nueve acres y queremos levantar un monasterio,¹⁶ dándole incluso las medidas de las distintas dependencias que debía tener el edificio. Y a su hermana Jemima: Hemos terminado la plantación en Littlemore y se ve realmente hermoso. Por el tiempo que sea una persona vieja, si alguna vez lo llego a ser, será un espectáculo digno de verse.¹⁷ Hizo la parquización, y comenzó a acondicionar una hilera de establos abandonados, en forma de L, sobre la orilla de la propiedad. El granero le pareció

adecuado para biblioteca y los “cottage” para las celdas. Y quedó delimitado un jardincito que le daba el aspecto de claustro. Y allí se fue, seguido de un grupo de amigos. De hecho, los de Oxford llamaron inmediatamente al lugar, y de modo despectivo, ‘The Monastery’.

Uno de aquellos que lo siguieron a Littlemore, William Lockardt, descendiente de Sir Walter Scott, recién graduado, de 22 años, ha dejado por escrito lo que allí se vivía: “Estuve con Newman como un año. La vida era algo así como lo que leemos en las vidas de los Padres del desierto: oración, ayuno y estudio. Nos levantábamos a media noche para rezar el oficio nocturno del Breviario Romano. Recuerdo que la invocación directa a los santos se omitía, y en su lugar pedíamos a Dios que el santo del día rogara por nosotros. Creo que pasábamos una hora en oración personal y por primera vez aprendí lo que significa meditar. Ayunábamos cada día hasta las 12 horas y en cuaresma y adviento hasta las cinco de la tarde. Había alguna mitigación en domingos y festividades. Newman nunca nos dejó que le tratáramos como superior sino que se ubicaba a sí mismo en el nivel del más joven de nosotros. Recuerdo que insistía en que no le llamáramos Mr. Newman de acuerdo a la costumbre de Oxford

cuando se dirigía a fellows o tutores de los Colleges, sino simplemente Newman. Creo que nunca nos animamos a esto; lanzábamos el Mr. o nos dirigíamos a él sin nombrarlo...Íbamos a comulgar a la Iglesia del pueblo y a los servicios cada día. Nos confesábamos cada semana”. Newman hacía los trabajos de la casa como el resto. Tomaba su turno como portero, leía durante las comidas y servía las mesas. Por las tardes tocaba su violín.

En la misma línea de ir a la primitiva Iglesia, patristica y monástica, hizo otra cosa desde Littlemore, que relata así: *se me ocurrió la idea de publicar unas Vidas de los santos ingleses, y a este propósito hablé con un editor. Me parecía un proyecto útil, pues entretendría a personas que corrían el peligro de extraviarse, llevándolos de la doctrina a la historia y de la especulación a la práctica.*¹⁸ Y agrega, *Poseer la historia del pasado es una compensación por los desórdenes y perplejidades de los últimos tiempos de la Iglesia...En este momento hay particulares motivos para recurrir a los santos de nuestra querida y gloriosa Inglaterra, tan favorecida de Dios como descarriada y desdichada. Este recurso nos servirá para amar mejor a nuestra patria, y amarla por mejores razones que hasta ahora; nos enseñará a vincular su territorio, sus villas y ciudades, sus montes y valles a cosas sagradas, nos dará una visión de su actual situación histórica en la economía divina y nos pondrá ante los ojos los deberes y esperanzas que ha heredado esta Iglesia que en tiempos pasados fue madre de San Bonifacio y de santa Ethelreda.*¹⁹ Y explica en una carta: *Quiero decir una obra histórica y devocional, no de controversia. Las cuestiones doctrinales no necesitan incluirse. En cuanto a los milagros, pienso que deben presentarse como hechos, creíbles de acuerdo a su evidencia.*²⁰ Pero algunos amigos suyos temían que una obra así se mostrara demasiado favorable a los milagros, al monacato y al papado, y Newman casi abandona el proyecto. Pero eso, pensó, significaba que la Iglesia de Inglaterra *no podía soportar las Vidas de sus Santos, y por otra parte, que las vidas tu-*

*vieran un efecto romano fuerte, era inevitable.*²¹ Más tarde dirá que hechos como estos eran los que le forzaban a concluir, una y otra vez, que la Iglesia de Inglaterra carecía de catolicidad.

Incluyó algunos santos que nacieron en Inglaterra pero vivieron fuera, y otros que tuvieron contacto con Inglaterra aunque no nacieron en ella, además de *incluir ciertos hombres ilustres, aunque no santos, tales como Alcuino.*²² Catorce autores escribirían 300 vidas, pero sólo se completaron 33. Newman era el director de la edición. Recorriendo la lista, muchos de estos santos son monjes, abades y abadesas. Interesa señalar aquí, que la primera vida escrita fue la de san Esteban Harding, en 1843, por Dalgairns, uno de los que vivía con Newman en Littlemore. Al comienzo dice: “Mientras esperamos días mejores, podemos consolarnos contemplando lo que fueron los hijos de la Iglesia alguna vez, y admirar sus virtudes, aunque no tengamos la fuerza de imitarlos, aun queriéndolo...Esta isla, no sólo estuvo cubierta, alguna vez, de hermosos monasterios, sino que envió hombres a tierras foráneas, que llegaron a ser allí la luz de las órdenes monásticas. Así fue el Santo, cuya vida nos hemos propuesto escribir, uno de los primeros fundadores de la orden cisterciense y el padre espiritual de San Bernardo. Aunque se sabe poco de sus primeros años, los historiadores insisten especialmente en el hecho de que fue un inglés”.²³ Newman escribió en Littlemore la vida de tres santos bastante desconocidos: Edelwald, Gundleus y Bettelin, santos eremitas. Otro signo de hacia dónde apuntaba su mirada.

Realmente, este emprendimiento era una novedad, porque la hagiografía en la Iglesia de Inglaterra era prácticamente desconocida, y la aceptación de milagros medievales parecía negar uno de los principios fundamentales del anglicanismo. Pero las *Vidas de los Santos Ingleses* eran un argumento vivo, se trataba, como en el caso de los Padres de la Iglesia, de testigos de la fe. No era un discurso teológico sobre la fe sino la presentación de ejemplos vivos de santidad, olvi-

dados, de la época católica de Inglaterra. Y después de su conversión, siguió con lo mismo, porque al predicar a los obispos en el primer Sínodo de Westminster, con ocasión de la restauración de la jerarquía católica en Inglaterra en 1850, les dice: *Es la llegada de una segunda primavera... La Iglesia católica ha sido ennoblecida por una hueste de santos y mártires... Canterbury solamente cuenta unos dieciséis, desde San Agustín hasta San Dunstan y San Elphege, desde San Anselmo y Santo Tomás Becket hasta San Edmund. York tiene a su San Paulinus, San John, San Wilfrid, y San William; Londres a San Erconwald, Durham a San Cuthbert... Están San Aidan de Lindisfarne, y San Hugo de Lincoln, y San Chad de Lichfield,... y San Oswald y San Wulstan de Worcester, y San Osmund de Salisbury,... y San Richard de Chichester... Y tuvo también sus órdenes religiosas, sus monasterios, sus universidades... Y exclama al final: ¡Qué gran cambio, qué horrible contraste, entre los tiempos honorables de la Iglesia de San Agustín y Santo Tomás [Becket] y el pobre resto de sus hijos al comienzo del siglo XIX!*²⁴

En este clima cuasi monástico, Newman escribe su obra teológica más importante: el *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, una obra decisiva, de la cual no hablaré ahora, pero que acompaña los últimos pasos de su propio desarrollo hacia la fe católica, y era, precisamente, una mirada a la historia de la Iglesia.

4. El resto de lo ocurrido en Littlemore es el cuadro de acontecimientos que se suceden hasta el desenlace. La persecución aumentó. *A partir del tract 90, el mundo protestante no se resignó a dejarme en paz. Me persiguieron, a través de la prensa, hasta Littlemore. Noticias de toda laya circulaban sobre mí: “¿Qué hace ese hombre en Littlemore?”... Un día, al entrar en casa, me encontré con un escuadrón de estudiantes. Los directores de los colegios, como patrullas montadas, paseaban sus caballos alrededor de las pobres viviendas del pueblo. Doctores en teología penetraban, sin que nadie los llamara, por*

*los rincones escondidos de una casa privada, y sacaban de lo que veían conclusiones sobre mi vida privada.*²⁵

Lo calumniaban diciendo que ya estaba admitido en la Iglesia Católica y criaba en Littlemore un nido de “papistas”. Era al revés. Newman respondía: *Como yo había hecho en Littlemore mi retiro, así se lo ofrecí a otros... Aquellos hombres caminaban ya derechos a Roma y yo me interpose... Algunos se vinieron a vivir conmigo a Littlemore. Eran laicos o en el puesto de laicos. A algunos los retuve durante algunos años para que no fueran recibidos en la Iglesia Católica.*²⁶ Observemos aquí la prudencia extrema de Newman. *En el momento en que me volví hacia Roma, me abstuve de influir en otros, de cualquier manera y bajo cualquier concepto. Mi única preocupación era yo mismo. ¿Cómo iba a guiar a otros quien estaba a su vez necesitado de guía en ese mismo asunto? ¿Cómo atreverme a inquietarles si luego no podía sacarles de su inquietud? Y si ya tenían la inquietud, ¿cómo indicarles donde encontrar la paz si yo mismo no sabía dar con ese lugar para mi zozobra?... Yo quería ir a Dios por mí mismo y por mi camino; o mejor dicho, por Su camino. No quería ni había pensado nunca en llevarme conmigo a unos cuantos de la mano. Me tragaba la tierra cada vez que me hacían notar que yo estaba siendo modelo para otros. Naturalmente, la gente nada podía saber de todo esto.*²⁷

En 1843 escribe una retractación pública de las cosas duras que había dicho contra Roma. Ese mismo año renuncia al cargo de párroco en Santa María de Oxford, desde cuyo púlpito había predicado durante quince años. Su último sermón, el n°604, fue en la iglesita de Littlemore. Su título lo dice todo: *La despedida de los amigos*. Muchos de sus compañeros del Movimiento estaban presentes. Al terminar descendió del púlpito, se sacó la cogulla y la colgó, y los presentes supieron por ese gesto que había dejado de enseñar en la Iglesia de Inglaterra. Luego – nos dice – permanecí callado en Littlemore.²⁸ En

el intervalo entre los otoños de 1843 y 1845, me mantuve en la comunión de laico con la Iglesia de Inglaterra, asistiendo como de ordinario a sus actos de culto y absteniéndome completamente del trato con católicos, y de sus lugares de culto, y de aquellos ritos y prácticas religiosas como la invocación a los santos...Todo esto lo hacía yo por convicción, pues nunca pude entender cómo puede nadie pertenecer a la vez a dos confesiones religiosas. Lo que tengo que decir de mí mismo durante estos dos otoños puede reducirse a este solo punto: la dificultad en que me hallaba para revelar del mejor modo posible a mis amigos y a otros el estado de mi alma.²⁹

Finalmente renuncia a su cargo de *fellow* del Oriel College que había desempeñado durante 23 años. Y empieza a redactar unas treinta cartas a familiares y amigos, que enviaría una vez dado el paso. *Estoy esperando al P.Dominic, el pasionista en su viaje desde Aston a Bélgica, donde tiene que asistir al Capítulo de su Orden. El, Dios mediante, me admitirá mañana o el viernes, en el que creo es el único rebaño de Cristo. Dos más de nuestra comunidad, Bowles y Stanton, serán recibidos conmigo. Christie, que ha estado aquí todas las vacaciones, está yendo hoy a un sacerdote de Londres.* El 8 de octubre de 1845 el padre Barberi [beato] llegó a Littlemore a la noche, en medio de un diluvio. Entró en la biblioteca y en ese momento entró Newman y se arrodilló. Hizo confesión general de toda su vida. Volvió a sus habitaciones extenuado, pero a las 5.30 de la mañana del día 9 estaba escribiendo nuevas cartas. Por la tarde fue recibido en la Iglesia Católica. El padre Barberi celebró Misa sobre la mesa que Newman había usado para escribir su *Ensayo sobre el desarrollo*. Recibió ahí su Primera Comunión católica. En las oraciones de la tarde se cantó por primera vez la antífona de la Santísima Virgen. Y nos dice en la *Apología: Me fui de Oxford para siempre el lunes 23 de febrero de 1846. El sábado y el domingo los pasé en Littlemore yo solo, igual que los primeros dos o tres días cuando llegué a aquel lugar...Desde entonces*

*no he vuelto a ver Oxford, excepto sus torres, cuando se destacan a lo lejos desde el tren.*³⁰ Y dice en una carta: *Me doy cada vez más cuenta de que dejamos Littlemore y de que es como ir al mar abierto...no sentí nada al dejar Oxford o Santa María, pero me afecta profundamente dejar Littlemore...Ha sido más que costoso para mí. Tuve que arrancarme a mí mismo del sitio, y no pude evitar besar mi cama y la chimenea y otros rincones...He sido muy feliz allí, a pesar de encontrarme en una situación de espera. Allí me ha sido señalado mi camino y he recibido la respuesta a mis oraciones.*³¹

A sus 45 años, en ese “pequeño lugar semi-monástico”, el “paso” había sido dado. He querido presentar este momento histórico porque, antes de leer sus escritos “sobre” la fe, debemos verlo en el momento más decisivo de su “vida de fe”.●—

NOTAS

- 1 Apo, 156
- 2 Apo 165
- 3 Apo, 32
- 4 BOUYER, Louis, Newman. His Life and Spirituality, 1958. (original: Newman: sa vie; sa spiritualité)
- 5 GA 253, 256.
- 6 PPS I, 2, 1833
- 7 PPS IV, 6, 1836.
- 8 PPS V, 22, 1839.
- 9 HS II, pp. 364.
- 10 Apo, 95.
- 11 LD VII, p.218, 241, año 1840.
- 12 San Antonio Aba, HS, II, pp.98-99.
- 13 Demetrias, HS, II, pp.164-165.
- 14 Cf. J.Sugg, A Packet of Letters, Oxford, , 1983, 210-211 (1880)
- 15 Moz., II, 270-271.
- 16 Moz., II, 272.
- 17 Moz., II, 282.
- 18 Apo, 211.
- 19 Apo 311, (nota D: La serie de vidas de santos, 1843-1844)
- 20 LD IX, 299, a Bowden, 1843.
- 21 LD X; a Hope, 1843.
- 22 LD IX, 324.
- 23 Capítulo I. San Esteban en su juventud
- 24 SVO, 169-170.
- 25 Apo., 171-172.
- 26 Apo., 176-177.
- 27 Apo 216-218.
- 28 Apo 193
- 29 Apo., 214-215.
- 30 Apo, 230
- 31 LD, XI, 130.

Newman y el poder de asimilación de la Doctrina cristiana

PBRO. DR. FEDERICO PRÉMOLI

La reciente publicación de la encíclica “*Lumen Fidei*” y la cita que en ella se hace del beato cardenal John Henry Newman han constituido una verdadera alegría. Esto demuestra el vivo interés que los últimos pontífices tienen por la vida y por la doctrina de Newman y es el motivo por el que viene citado en muchos de los documentos de su supremo magisterio. Además hay que notar dónde ha sido citado Newman en la última encíclica: se lo cita en el número 48 que forma parte del capítulo tercero denominado con la cita del apóstol san Pablo en su primera carta a los Corintios (capítulo XV versículo 3). “*Os transmito aquello que a su vez yo he recibido*”. Es el capítulo en el que se reflexiona acerca del vínculo que existe entre la fe y la Iglesia. La Santa Iglesia, como madre de nuestra fe, es la que nos transmite el “*depósito de la fe*” a través de su predicación, de los sacramentos, de las oraciones y de las enseñanzas morales. Justamente por ello, por existir un solo Dios que revela y una sola Iglesia que predica, existe y debe existir siempre una integridad y una unidad en la fe, en lo que se cree. En efecto, en la encíclica se nos dice que “*dañar la fe significa dañar la comunión con el Señor*”. Y a continuación cita a Newman: “*La unidad de la fe es entonces la de un organismo viviente, como ha hecho notar bien el beato John Henry Newman cuando enumeraba entre las notas características para distinguir la continuidad de la doctrina a través del tiempo su poder de asimilar en ella todo lo*

que encuentra, en los diversos ámbitos en los que se hace presente, en las diversas culturas que encuentra, purificando todo y llevándolo a su mejor expresión. La fe se muestra así universal, católica, porque su luz crece para iluminar todo el cosmos y toda la historia”.

Notable que esta cita se encuentre en este lugar de la encíclica, al hablar de la unidad de la fe. Es decir, esa única fe católica es la misma fe que se desarrolla y que va adquiriendo las formulaciones y las explicitaciones históricas que las diversas culturas le van ofreciendo y que esa misma fe católica va asimilando, sin dejar de ser ella misma. La doctrina cristiana, el depósito de la fe, la fe católica, según esa inapreciable intuición de Newman, se mantiene siempre inalterable y al mismo tiempo se desarrolla. En cuanto es siempre la misma, sus principios son siempre los mismos. En cuanto se desarrolla, es capaz de *asimilar*. Recordemos que en su famoso libro “*Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*”, donde expuso estas intuiciones suyas, libro que al concluir lo llevó a ingresar en la Iglesia Católica, sostuvo que entre esos principios inalterables de la doctrina cristiana se encuentra el “*principio de la fe*” al que demuestra llamándolo “*la supremacía de la fe*”. Es decir, es propio de esta doctrina que sea aceptada por la fe, una fe incondicional, una fe entregada, por medio de la cual el sujeto creyente acepta la doctrina revelada sin someterla a análisis de

prueba, sin anteponerle el análisis racional, sino solo averiguando que proceda de Dios a través de la Iglesia. El creyente asiente a esa doctrina con fe genuina y, una vez que la ha aceptado, con la ayuda de su razón y de la gracia, busca comprenderla y formularla hasta obtener de ella una comprensión más plena, en la medida en que ello es posible. Para esa comprensión creyente, para ese “*credo ut intellegam*”, la doctrina cristiana se desarrolla asimilando. En esto se descubre como esta doctrina de la fe es capaz de conservar su unidad abriéndose al mismo tiempo a esa catolicidad que expresa la encíclica en este punto con una intuición del Pontífice, su autor, digna de ser contada entre las maneras de comprender la doctrina newmaniana en su más profundo sentido.

Insisto: es notable que el Pontífice haya visto en la doctrina de Newman sobre el desarrollo, y particularmente en este punto de la *asimilación*, una referencia a la unidad de la fe, tan amada por Newman, junto a esa catolicidad de la fe que sale al encuentro del trabajo racional del hombre para desarrollarse y hacerse así más plena para nosotros. Lo notable, como bien lo intuyó el Papa, es que ese desarrollo *preserva* a la doctrina cristiana de su corrupción: “...enumeraba entre las notas características para distinguir la continuidad de la doctrina a través del tiempo su poder de asimilar en ella todo lo que encuentra, en los diversos ámbitos en los que se hace presente, en las diversas culturas que encuentra, purificando todo y llevándolo a su mejor expresión. La fe se muestra así universal, católica, porque su luz crece para iluminar todo el cosmos y toda la historia”.

El *poder de asimilación* de la doctrina cristiana es pues una de las siete notas características que diferencian a un verdadero desarrollo de una corrupción. Newman quiso establecer estas notas y quiso demostrarlas con ejemplos históricos para refutar la objeción venida del protestantismo según la cual la Iglesia de Roma había hecho a lo largo de la historia *agregados*

a la doctrina y a las prácticas de la Iglesia primitiva. Justamente por eso, el protestantismo se proponía realizar un retorno a ese cristianismo primitivo purificándolo en la actualidad y despojándolo de todo ese ropaje de dogmas y costumbres agregadas que pesaban sobre la religión de Cristo. Newman demuestra que en el catolicismo romano no se encuentran *agregados* sino *desarrollos* del cristianismo de los orígenes, y estos desarrollos cumplen con siete notas características que demuestran la continuidad a pesar de los cambios. Se trata de cambios en la continuidad o desarrollos. La tercera de estas notas es el *poder de asimilación* de la doctrina cristiana.

De entre las siete notas, esta nota tercera ofrece cierta dificultad ya que es la única que hace referencia al cambio propiamente dicho. Recordemos cuáles son estas siete notas: 1) la permanencia de un único tipo, 2) la continuidad de los principios, 3) el poder de asimilación, 4) la coherencia lógica, 5) la anticipación del desarrollo futuro, 6) la acción conservadora sobre el pasado, 7) el vigor perenne. Como podemos ver, las otras seis notas se refieren más a lo que permanece. Ésta, la tercera, se refiere a lo que cambia ya que la *asimilación* indica que algo se incorpora a lo que existe con anterioridad. Justamente por esto, algunos han criticado el uso de este concepto en la teología de Newman aunque sin poner en duda la ortodoxia de la doctrina newmaniana.

Se trata, entonces, de un concepto que necesita explicación. La dificultad más grande está en el carácter acabado, concluido, de la doctrina cristiana. Al hablar de ella se dice que es un depósito, un todo doctrinal, que ha sido revelado y transmitido por Cristo y por sus Apóstoles al mundo para su salvación. La revelación concluyó con la muerte del último Apóstol y por tanto es imposible agregar o quitar nada de ese depósito revelado. Así lo ha definido la Santa Iglesia en el decreto *Lamentabili* publicado durante el pontificado de San Pío X contra los modernistas. Según esta enseñanza es incorrecto hablar propiamente de *asimilación* de la doctrina cristiana



pues ese concepto implica incorporación, agregado de algo que es ajeno a ella. Sin embargo, y aquí está la intuición de Newman, es un hecho histórico que la Iglesia ha ido incorporando, asimilando, purificando *“todo lo que encuentra, en los diversos ámbitos en los que se hace presente, en las diversas culturas que encuentra”*. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué quiso decir Newman al incorporar esta tercera nota a su doctrina del desarrollo? Veamos la doctrina del eminente cardenal.

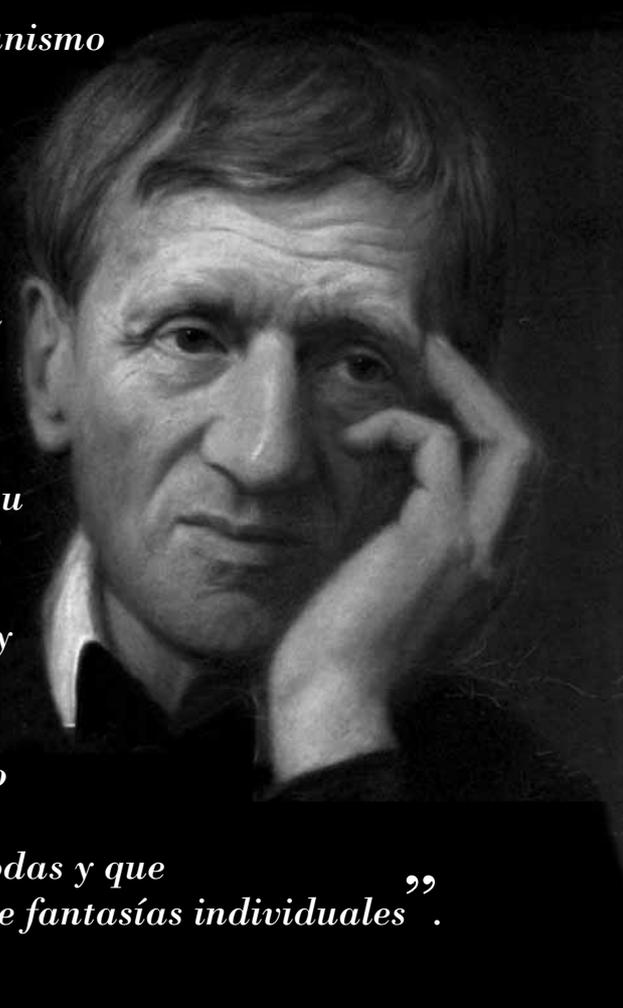
Como ya lo dijimos, esta doctrina se encuentra en la obra *“Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana”*, en la segunda parte de la misma, en la sección tercera del quinto capítulo y en el capítulo octavo. Newman utiliza una analogía con el mundo físico mostrando como todo cuerpo vivo se desarrolla *asimilando*. Él afirma que *“esta analogía puede servir para ilus-*

trar ciertas particularidades que se dan en el crecimiento, o sea en el desarrollo de las ideas”. Para Newman esto también se aplica a la “idea cristiana” pues ella es una “idea viva” que crece manifestando su propia vitalidad. En este crecimiento de esta “idea viva” se da la *asimilación*. Así lo explica:

“Las doctrinas y las opiniones que tienen relación con el hombre no están colocadas en el vacío, sino en este mundo poblado y se abren camino penetrando unas en las otras; y se desarrollan por absorción: hechos y opiniones que hasta ahora habíamos considerado relacionados de otra manera o agrupados en torno a otros centros, ahora en adelante y poco a poco son atraídos bajo una nueva influencia y sometidos a un nuevo poder. Según los casos, son modificados, reformulados o puestos aparte. Un nuevo principio de orden y de composición se ha hecho presente y su vitalidad se demuestra por este poder de expansión que no introduce ni el desorden ni la disolución. Es esencial a un desarrollo genuino, y esto constituye el tercer criterio, que se produzca a través de un proceso ecléctico, conservativo, asimilativo, resanativo, remodelativo, manifestando a la vez de poseer el poder de unificación”.

Muy interesante es este texto en el que Newman constata un hecho histórico que se ha dado en la historia de la cultura humana y del pensamiento, incluido ese aspecto cultural propio del cristianismo. No solo muestra como se relacionan las doctrinas entre sí sino que esboza una teoría del poder cultural y doctrinal del cristianismo. Al entrar en contacto con el mundo cultural que lo rodeaba, en aquellos años de su aparición en el mundo, la doctrina de Cristo fue capaz de influenciar, modificar, reformular, ordenar, elegir, conservar, asimilar, sanar, remodelar, unificar. Así demostró su vitalidad y su fuerza. Y todo esto que es capaz de realizar la “idea cristiana” lo hace de una vez para siempre ya que, por una especial asistencia divina, incorpora y define *para la posteridad*, sin posibili-

“
 Así el cristianismo
 creció en sus
 proporciones,
 sacando
 alimento y
 medicina de
 todo aquello a
 lo que se
 acercaba,
 pero
 conservando su
 tipo original
 porque poseía
 conocimiento y
 amor hacia
 aquello
 que había sido
 revelado de
 una vez por todas y que
 no era fruto de fantasías individuales .”



dad de cambio alguno. Es decir, la *asimilación* no es temporaria. Con esto se evita el error modernista, historicista, relativista, que propone al cristianismo una *asimilación* para cada época, aunque incluya contradicción. Es decir, ya aparece en este párrafo el tema de la verdad, clave en Newman.

Newman defiende esta asimilación de lo externo llamándola “*incorporación*” y aclara que no corrompe ya que “*el desarrollo es justamente un proceso de incorporación*”. Sorprende la frase aunque comparada con la anterior deja vislumbrar el carácter accidental y no esencial de la

asimilación. Si no corrompe es porque no toca lo esencial; en el caso del cristianismo: la verdad revelada. Se trata de un desarrollo, de una explicitación, que es algo accidental y no esencial a una doctrina. Es algo necesario para nosotros, y en ese sentido esencial para nosotros, pero accidental para la doctrina en sí. Newman afirma que el dogma cristiano no cambia sino que se desarrolla mostrando su vitalidad y poder en el encuentro cultural con el mundo que lo rodea. Por eso afirma que para que se produzca la *asimilación*, para que una idea se una más fácilmente con otra, ha de poseer en sí una *afinidad antecedente* con ésta. Tal afirmación es muy impor-

tante y revela hasta qué punto intuyó Newman que no toda doctrina podrá ser asimilada por la “idea cristiana”. La doctrina que será incorporada debe tener *afinidad* con la doctrina de Cristo, es decir, debe ser real y referida a realidades, no puede ser una doctrina que se refiera a fantasías o a ingeniosas fábulas imaginadas por el intelecto humano. *No toda doctrina es asimilable*. No toda incorporación es posible. Todo lo cual no equivale a decir que el cristianismo se abstendrá de intentar ese proceso de *asimilación* y de *purificación* de lo que pueda ser incorporado. Por eso afirma “*del mismo modo los partidos y las escuelas que están vivos pueden permitirse ser temerarios, y a veces caerán en extravagancias, sin embargo se autorrectifican en virtud de su energía interior*”.

Después de referirse a la *asimilación* en general, Newman aplica todo eso al cristianismo. Lo primero que indica es el tema de la verdad, ya que el cristianismo es la verdad: “*el cristianismo refería toda la verdad y toda la revelación a una única fuente, o sea del Dios único y supremo*”. Newman afirma que el cristianismo “*era Gracia y era Verdad*”. Gracia, en cuanto posee el poder de purificar las doctrinas. Verdad, en cuanto puede encontrar lo verdadero que está oculto en aquello que incorpora. Es notable que justamente en este lugar de su obra Newman formule el *principio dogmático*. Él intuyó que toda *asimilación* dependía de él y que ninguna incorporación auténtica podía opacar la verdad del cristianismo. Para aquellos a quienes las intuiciones newmanianas y su lenguaje sorprendan y los haga dudar de la legitimidad de su teoría, esta afirmación del *principio dogmático* debe darle la clave de interpretación de su teoría. Lo que corrompe la verdad no es un desarrollo y, si no es un desarrollo, tampoco es una *asimilación*, es un *cambio*, que debe ser rechazado. Newman lo formula así:

“Que, por lo tanto, existe una verdad; y que existe una sola verdad; que el error religioso es por sí mismo de naturaleza inmoral; que sus

seguidores, a no ser que lo sean involuntariamente, son culpables cuando lo sostienen; que se debe temer el error; que la búsqueda de la verdad no es la satisfacción de la curiosidad; que la adquisición de la verdad no tiene nada que ver con la excitación del descubrimiento; que nuestra mente está debajo de la verdad, no encima de ella, está obligada, no a hacer florilegios sobre ella, sino a venerarla; que la verdad y el error están puestos delante de nosotros para probar nuestros corazones; que la elección que hacemos entre la una y el otro significan hacer una terrible apuesta de la que depende nuestra salvación o nuestra condenación; que ‘antes que cualquier otra cosa es necesario profesar la fe católica’; que ‘aquel que desea ser salvado debe creer así’ y no de un modo diverso; que ‘si tú aspiras al conocimiento y alzas tu voz para obtener la inteligencia, si tú la buscas como se busca la plata, si tú la buscas como para encontrar un tesoro escondido, entonces comprenderás el temor de Dios y encontrarás el conocimiento de Dios’: este es el principio dogmático, que es un principio de fuerza”.

Este magnífico texto indica cuál es la base de la *asimilación* y ya nos hace comprender qué es lo que Newman entiende con ese concepto. La fuerza y la vitalidad de la “idea cristiana” hace que, al confrontarse con otros sistemas doctrinales, al chocar con ellos, no pueda desintegrarse, más bien “*el cristianismo destruyó sus antagonistas y se dividió sus restos*”. O sea, permaneció en su verdad y obtuvo la verdad que sería asimilada. Newman afirma: “*Así el cristianismo creció en sus proporciones, sacando alimento y medicina de todo aquello a lo que se acercaba, pero conservando su tipo original porque poseía conocimiento y amor hacia aquello que había sido revelado de una vez por todas y que no era fruto de fantasías individuales*”. Es importante notar que Newman intuye la presencia del *principio dogmático* y del desarrollo por *asimilación* en los Concilios y en los Papas. Ellos actuaron en defensa de la verdad cristiana pero al mismo

tiempo asimilaron, quizás inconscientemente, lo que sería el instrumento de esa defensa. Newman cita la terminología de los gnósticos y del platonismo. Podría haber citado otros ejemplos más, pero para él ya era suficiente constatar lo que pudo ver y darse por satisfecho para probar su teoría.

Sin embargo, antes de concluir, nos habla del *poder de asimilación de la gracia sacramental*. Él nos enseña que el cristianismo es gracia y que por ella posee el poder de purificar: “*existe, en verdad, en el Evangelio una cierta virtud o gracia que cambia la cualidad de las doctrinas, de las opiniones, de las prácticas, de las acciones, y de las características personales, una vez que son incorporadas en él, y las hace buenas y aceptables a su Autor divino, mientras antes estaban o contaminadas del mal o al máximo eran sombras de la verdad. Este es el principio del que se ha hablado en precedencia y que he llamado el principio sacramental*”. Valiéndose de este poder purificador de la gracia, la Iglesia, en esta luminosa intuición de Newman, incorporó doctrinas y prácticas religiosas. Avanzó sobre ellas con vigor y las puso a su servicio para que resplandezca la verdad revelada y el culto cristiano en toda su plenitud. Aquí Newman llega al punto que quería alcanzar y concluye su exposición con una energía apologética notable. La Iglesia Católica no erró en esta práctica y no fue infiel al asimilar, al contrario, manteniéndose ella misma en su identidad, se sirvió de todo lo que pudo para alcanzar la *plenitud católica*, tal como lo dice el Papa en la última encíclica. Afirma Newman:

“*Nosotros pensamos que la Iglesia, como ya el bastón de Aarón, devora la serpiente de los magos. Los otros están siempre a la búsqueda de una mítica simplicidad primitiva. Nosotros hallamos reposo en la plenitud católica. Los otros buscan lo que nunca ha sido encontrado. Nosotros aceptamos, y hacemos uso de aquello que también ellos reconocen como substancial. Así los otros se ven obligados a sostener que la doc-*

trina de la Iglesia no ha sido jamás pura. Nosotros decimos que no pudo corromperse nunca. Consideramos que una promesa divina preserva a la Iglesia católica de la corrupción doctrinal, mientras que no se ve sobre cuál promesa o sobre cuáles ánimos los otros busquen de fundar su imaginaria pureza”.

Esta es la doctrina de Newman. Como podemos observar, se centra más en la afirmación histórica del hecho de la *asimilación* y en mostrar que ella es un desarrollo de la doctrina cristiana y no una corrupción, que en explicarnos el proceso. Sin embargo es necesario interpretar esta intuición de Newman sobre la *asimilación* a la luz de las valiosas cosas que él mismo nos dice para recibir este luminoso aporte a la teología católica, para sacar las consecuencias del mismo, y para defender a Newman de interpretaciones incorrectas de su doctrina.

Ante todo es necesario decir que Newman al formular las notas de un verdadero desarrollo doctrinal del cristianismo quiere responder, primero a sí mismo y luego a su nación, la objeción presentada por el protestantismo de que los desarrollos del catolicismo, o al menos algunos, son corrupciones. Se trata de una doctrina apologética que tiene como objetivo mostrar que esos desarrollos son *válidos* y también *necesarios* e *inevitables*. Ya lo había dicho en el *XV Sermón Universitario* del 2 de febrero de 1843 en Oxford: “*Contra tales afirmaciones se rebela el instinto de todo cristiano, pues el primerísimo impulso de su fe es el empeño por expresarse acerca de la ‘gran perspectiva’ que se le ha otorgado; lo cual parece demostrar que existe realmente una ciencia teológica, esté o no la mente a la altura para descubrirla*” (Nº 18). Y también enseña allí: “*La verdad es que, cuando la razón se ha puesto a investigar, no puede parar hasta el fin. Un dogma crea otro por el mismo derecho con que él mismo fue creado*” (Nº 27). Es decir, los desarrollos se producen por obra de la razón, que no se antepone a la fe, la cual es uno de los principios del cristianismo, sino que

la sirve: “*La razón no sólo se ha sometido a la fe, sino que se ha puesto a su servicio. La razón ha dilucidado los documentos de la fe, ha convertido en filósofos y teólogos a campesinos sin estudio, de sus palabras ha explicitado significados que apenas sospechaban los primeros que las oyeron*” (Nº7). Todo esto nos indica que los desarrollos contribuyen a explicitar la doctrina cristiana y no a corromperla. La doctrina cristiana, la “idea cristiana”, la “idea católica”, es la verdad, es algo vivo y poderoso que en su camino avanza con vitalidad y por eso se desarrolla. Lo propio de la herejía es su poca vitalidad: “*Se desarrolla descomponiéndose; no crea nada, no tiende a ningún sistema, su dogma resultante no es sino la negación de todos los dogmas, de toda teología, bajo el Evangelio. No es de extrañar que niegue lo que no puede alcanzar*” (Nº7). A la luz de estos párrafos que ya anuncian su futura doctrina del desarrollo, que expondrá en su gran libro “*Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*”, podemos ya circunscribir bastante lo que él entiende por *asimilación*.

Para Newman, aunque no lo diga con estas mismas palabras, el desarrollo es el paso del contenido implícito de la Revelación a su formulación explícita. Es el paso de la “idea católica” impresa en nosotros al Credo y a las definiciones conciliares, al “sistema católico”. Este paso, para seguir con nuestro tema de la *asimilación*, se da también a partir del contacto del cristianismo con otros sistemas doctrinales. Newman muestra que es algo que se ha dado sobre todo en la *Iglesia primitiva* y en el contacto con la *filosofía pagana de los griegos*. Afirma en su libro en esta sección que estamos analizando: “*Las ideas son más susceptibles de sufrir influencias externas cuando están al inicio que más tarde. De donde la mayor parte de los escritores que consideran corrupta la Iglesia medieval, remontan las corrupciones a los cuatro primeros siglos y no a los que se conocen con el nombre de ‘edad del oscurantismo’*” (Newman se refiere a la primera Edad Media). Dato inte-

resante pues impide extender arbitrariamente el razonamiento de Newman fuera de este marco que él mismo impone. Él ve que este encuentro cultural hace que elementos que se encontraban presentes en diversas doctrinas, en un momento determinado, son incorporados al cristianismo, lo cual constituye su desarrollo. Ahora bien, este encuentro es la ocasión para el desarrollo pero no sólo eso: el desarrollo se da por esa *afinidad antecedente* de esa “idea filosófica del paganismo” con la “idea cristiana”. Esta afinidad se da en la verdad y nada más que en ella. Newman, quien afirmó que los Padres lo habían hecho católico, conocía la doctrina del famoso apologista san Justino que defendió esta *asimilación* por las “semillas del Verbo” esparcidas por todo el mundo. Ante las verdades del paganismo él afirmaba que éstas le pertenecían al cristianismo, por ser verdades. Según Newman en este encuentro cultural se da una mutua influencia de doctrinas, aunque es el cristianismo el que reduce a unidad todo el campo del saber. Hablando de la “idea cristiana” muestra “*en qué medida ella sufre las influencias de otros sistemas, y en qué medida, a su vez, ella los influencia, hasta qué punto puede coordinarse con ellos o sólo tolerarlos, cuando entra en relación con ellos*”. Esto lo dice al principio de su famoso *Ensayo*. O sea, el encuentro cultural puede producir, y de hecho produce *asimilación*, pero es el cristianismo el que asimila, no el que es asimilado. La vitalidad del cristianismo se manifiesta en su *asimilación*, y no muere con ella.

Para explicitar el pensamiento de Newman podemos decir que para él *asimilación* es sinónimo de trabajo teológico, o conclusión del razonamiento teológico. El punto de partida de todo razonamiento teológico es la verdad revelada aceptada por la fe. Al entrar en contacto con otros datos provenientes de doctrinas humanas diversas, la reacción natural de quien posee el dato revelado es comprobar si existe una relación entre ellos. Si no existe, aquel dato queda de lado. Si existe quiere decir que

ese dato filosófico humano es verdadero y sirve para iluminar el dato revelado. La doctrina cristiana, al ser la verdad absoluta, puede juzgar los demás sistemas doctrinales y comprobar si son verdaderos o no, si se corresponden con la realidad o no. Podemos decir que una posible comprobación de la veracidad de una doctrina humana de frente a la doctrina cristiana se produce cuando aquella es capaz de poner de manifiesto un aspecto de ésta que hasta ese momento no era conocido. Dicho con otras palabras: en el razonamiento teológico la premisa mayor es divinamente revelada y la menor es de razón. Esta premisa menor proviene de una filosofía. La conclusión teológica no puede sacarse a la vez de la premisa mayor y de la menor, sino solo de la mayor. Si no fuera así habría *cambio* y *asimilación propiamente dicha*, lo cual es inaceptable. Entonces, en el razonamiento teológico interviene la razón humana que intenta conocer cada vez más la verdad revelada aceptada por la fe. La razón, a través de sus medios cognoscitivos, trata de descubrir todo el contenido de la verdad revelada. Para que esto pueda darse, la razón debe estar en posesión de una filosofía, o sea, de una ciencia a través de la cual haya podido formular los principios fundamentales de lo que existe, del ser, que ha adquirido a través del conocimiento de lo real, del ser existente. Ésta es la llamada *filosofía del ser* que conoce lo creado y por *analogía* al Creador de todas las cosas. Esta capacidad de conocer que posee la razón humana es la que permite conocer también la Revelación que proviene de Dios ya que nadie puede creer si antes no sabe algo. La razón entonces, a través de los modos que posee de conocer bien y verdaderamente la realidad, puede penetrar en el contenido del dato revelado, “realidad por excelencia”, y conocerlo mejor.

Por tanto, en la *analogía del ser* se fundamenta el conocimiento natural analógico del Creador, el reconocimiento de una revelación como divina y su aceptación por la fe, la po-

sibilidad de una penetración intelectual de lo revelado, que es la teología, y el desarrollo de la doctrina cristiana que es la progresión en el conocimiento de lo implícito que *siempre* ha estado presente en lo explícito revelado. Si una filosofía no acepta la existencia de esta *analogía del ser* no está entonces en condiciones de ser un medio útil a través del cual se pueda penetrar en el contenido del dato revelado. En este sentido, sólo una *filosofía del ser* puede darnos los medios aptos para poder conocer en el dato revelado explícito lo que allí se encuentra implícito. Newman observó que en momentos determinados de la historia de la Iglesia ciertos elementos de una filosofía habían pasado a formar parte de la doctrina cristiana. A eso lo llamó *asimilación* aunque en realidad lo que sucedió fue que conceptos filosóficos, referidos a entes reales, ayudaban a explicitar la fe. Hay una *asimilación* en cierto sentido, en cuanto que algo ha pasado a ser explícito gracias a una filosofía y en cuanto algo ha pasado a ser formulado cuando antes no lo estaba, pero es necesario aclarar que la doctrina revelada en sí misma no ha experimentado con ello ningún incremento ni ningún deterioro. Al contrario, se ha desarrollado en cada creyente en particular y en la comunidad eclesial en general. De este modo, el desarrollo por *asimilación* puede ser entendido como una *mutua iluminación*.

Si reconocemos en su verdadero sentido esta intuición de Newman vemos cómo a través de ella está haciendo una defensa de la teología, de esa ciencia que siempre ha existido en la Iglesia católica y que el protestantismo se negaba a aceptar. Como hemos visto, Newman denomina esa actitud protestante como “*la búsqueda de una mítica simplicidad primitiva*”, ese deseo de quedarse sólo en la Sagrada Escritura y evitar todo lo que la reflexión humana podía deducir de ella, para gloria de Dios y bien de la Iglesia. Él ya había intuido la falsedad de ese biblicismo en su primer libro sobre la historia de los arrianos publicado en 1832. Al principio de la obra “*Los arrianos*

del siglo IV” (Primera parte-doctrinal, capítulo primero, tercera sección, segundo punto) decía:

“No es solamente de la Escritura que aprendemos tales doctrinas. ¿Acaso no es verdad que el Libro Sacro nunca se ha propuesto enseñarnos el Credo ni está estructurado para eso? Y esto aunque sea cierto que, con el Libro Sacro, podemos probar nuestro Credo una vez que éste nos haya sido enseñado ... De hecho, desde los primeros tiempos, la regla ha sido que la Iglesia enseña la verdad, y luego apela a la Escritura para justificar su propia enseñanza. También, desde los primeros tiempos, los herejes han cometido el error de olvidar tales indicaciones y de intentar, por cuenta propia, una obra para la cual sus fuerzas eran incapaces, tratando de extraer una doctrina sistemática de los anuncios de verdad esparcidos en la Escritura”.

Newman mostró desde el principio la falsedad del dogma protestante de la *sola Scriptura* y por eso poco a poco fue inclinándose más y más hacia el dogma católico. En él vio la presencia de Dios, la verdadera continuidad desde el principio hasta hoy. Pero también vio en él la presencia de la Iglesia, de los hombres creyentes, de nosotros, quienes, guiados por la gracia y siendo fieles a la vitalidad propia de lo que creemos, hemos llegado hasta hoy con los desarrollos del cristianismo. Por eso dijo: “Nosotros hallamos reposo en la plenitud católica”.

La *plenitud católica* es la que aparece en esta tercera nota del verdadero desarrollo doctrinal del cristianismo que lo preserva de toda corrupción: el *poder de asimilación de la doctrina cristiana*. Este poder hace que el miedo a la razón humana desaparezca, que el miedo a la reflexión racional desaparezca pues la doctrina cristiana será el *criterio de asimilación* y no lo contrario. No temerá el contacto intelectual ni el encuentro doctrinal. Al contrario, a todo se abrirá, siempre y cuando el *criterio* sea la verdad y la ausencia de prejuicios hacia el cristianismo. Por eso dice la encíclica “*Lumen Fidei*”:

“... su poder de asimilar en ella todo lo que encuentra, en los diversos ámbitos en los que se hace presente, en las diversas culturas que encuentra, purificando todo y llevándolo a su mejor expresión. La fe se muestra así universal, católica, porque su luz crece para iluminar todo el cosmos y toda la historia”.

A propósito de la *asimilación*, que según Newman se da en los diversos ámbitos de la doctrina dogmática, de la formulación del dogma, y de las costumbres culturales y religiosas, es importante recordar algo que él expresó algunos años después de publicar el libro que estamos comentando. Lo expresó en sus célebres “*Discursos sobre la naturaleza y el fin de la educación universitaria*” del año 1852. Con esto no hace más que explicitar lo que ya había enseñado, y a nosotros nos ayuda a comprender su concepto de *asimilación*. El Discurso Noveno de la primera parte lleva como título “*Deberes de la Iglesia de frente al saber*”. En él se nos dice que la Iglesia tiene deberes que cumplir de frente a las diversas disciplinas del saber pues ella, al ser la depositaria de las verdades reveladas, debe cumplir una tarea de *purificación* de las ciencias y de las artes a fin de que sean auténticas. Newman dice que existen tres campos del saber: Dios, la naturaleza y el hombre. Excluyendo el primero, quedan los otros dos campos que forman dos libros, el de la naturaleza que es llamado *Ciencia*, y el del hombre que es llamado *Literatura*. Y afirma: “Y si la intervención de la Iglesia es necesaria en las Escuelas de Ciencias, es solicitada aún más imperiosamente en la otra parte constitutiva de la Educación Liberal, es decir, la Literatura”. Newman sostiene “que la verdadera política de la Iglesia ha de ser no la exclusión de la Literatura de las Escuelas Seculares, sino de admitirla en ellas. Haga por la Literatura en un campo lo que hace por la Ciencia en el otro; cada una posee sus imperfecciones, y la Iglesia tiene el remedio para cada una. Ella no teme ningún conocimiento, sino que los purifica a todos; no reprime ningún elemento de nuestra naturaleza, sino que los cultiva todos juntos ... De todas maneras, su princi-

pio es único e idéntico en todos los casos: no prohibir la verdad de cualquier género, pero ver que ninguna doctrina vaya con el nombre de Verdad sino aquellas que posean ese derecho”. Traigo a propósito estos textos de Newman porque, aunque sean posteriores, expresan algo que ya estaba presente en su doctrina de la *asimilación*. Asimilar es también purificar, es un “proceso ecléctico, conservativo, asimilativo, resanativo, remodelativo, manifestando a la vez de poseer el poder de unificación”, como ya lo he hecho notar.

Como podemos ver, las implicancias de esta doctrina newmaniana son muchas. Algunas se refieren a la teología, pero otras se refieren a la cultura que es la que ilumina la vida de los hombres en lo que tiene de intelectual. Lejos de Newman plantear una disolución del cristianismo en un proceso de *asimilación* indiscriminada de fábulas o imaginaciones. En este Noveno Discurso Universitario, al que he aludido, se dice claramente: “*La Revelación es todo en la doctrina; los Apóstoles son sus únicos depositarios; el método de la inferencia es su único instrumento, y la autoridad eclesiástica es su única sanción. La Voz Divina ha hablado de una vez para siempre, y el único problema se refiere a su significado*”. Por eso hay que ubicar a Newman entre aquellos que, haciendo las veces de profetas, han visto los peligros que sufría y sufrirá el catolicismo y ha puesto las bases para poder evitarlos. Justamente ha sido honrado por la Iglesia desde que fue elegido cardenal, pasando por todos los elogios que han hecho de él los Sumos Pontífices después de su muerte, hasta su beatificación. Confiamos en que la Iglesia seguirá distinguiéndolo en los años que vendrán con

su canonización y, quién sabe, si así es la voluntad de Dios, con el título de Doctor de la Iglesia.

Este vínculo entre Newman y la Santa Iglesia Católica es notable. Todos sus pensamientos se encaminaron hacia ella, para entrar en ella, y una vez en ella toda su vida consistió en ser fiel a ella. Por eso, el tema de la Iglesia Católica no está ausente en el “*Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*” donde aparece su doctrina sobre la *asimilación*. Él somete las siete notas de un desarrollo doctrinal auténtico a la sanción del Magisterio Eclesiástico. Es decir, él se dio cuenta que el paso de la “idea católica” a través de tiempos y lugares no se había hecho en el abandono del auxilio divino. Al contrario, la promesa del Señor hecha a su Divina Esposa se cumple también en lo que se refiere al desarrollo doctrinal, y de un modo especialísimo. Casi podríamos decir que su doctrina sobre la *asimilación* está hecha en defensa de las declaraciones dogmáticas del Magisterio Eclesiástico. Es una apología de la Iglesia Católica. Por algo el Santo Padre en la “*Lumen Fidei*” habla de la *asimilación* al hablar de la Iglesia, y de la misión de la Iglesia en este mundo. Por tanto, así debemos interpretar también nosotros esta compleja doctrina newmaniana y a partir de esta interpretación cuidarnos de no cambiar la doctrina de Newman para poder sacar de ella todos los frutos que el Beato Cardenal esperaba que pudieran sacarse de ella.●—

Salta, 9 de octubre de 2013

Memoria litúrgica
del beato cardenal John Henry Newman

Aniversario del día
de su ingreso a la Iglesia Católica

**Informamos a nuestros Amigos de Newman
que la página web ha sido mejorada y actualizada.
Los esperamos en
www.amigosdenewman.com.ar**

“Vigila, reza, medita... Dale libremente tu tiempo a tu Señor y Salvador, si lo tienes, y si tienes poco, muestra tu sentido del privilegio dándole ese poco... Muestra que tu corazón y tus deseos, que tu vida está con tu Dios... Prueba que eres Suyo y que tu corazón ha ascendido con Él.”

(PPS VI, 15, 1837)

